

JOSÉ MARTÍNEZ SOTOMAYOR

La rucaca de aire



gen de una naturaleza
vulsión geológica. Aquel suelo ro
origen volcánico, habría parecido
lar, hosco, penetrado de trágica so
que se abría en lotanza la plana
sobre la cual aparecía un móvil, un

al otr
erren
se to
én, un
nos i
taci

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

La rueda de aire

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

ESN: 6186212102990091154



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

- [Un grito fino y prolongado. Un grito...] 5
-
- [El aire ocioso y vacío de Villacruz...] 17
-
- [Fuera, el crepúsculo...] 25
-
- [Llegó arriba toda sofocada...] 39
-
- [“¡Jaque al rey...!”.] 51
-
- [¿Miércoles o jueves? ¿Qué día es hoy?.] 63
-
- [Extraordinario: por fin tenía un amigo...] 77
-
- [Necesitaba concentrarse.] 95
-
- [Primero oía los ecos. Y luego...] 109
-

Un grito fino y prolongado. Un grito metálico. La muchacha despierta: fue tan de improviso que se trajo algunas sombras del sueño pegadas a los ojos. Se los frota infantilmente. El rayo de sol se adelgazó tanto que pudo pasar por la rendija del tablero —rendija o laminado—, pero ya dentro, en un grito fino y juvenil, comenzó a vocear la buena nueva:

—¡Anda, abre el balcón, Anita, apresúrate!

Le anuncia un día acabado de hacer con decoraciones nuevas, para estrenarse. Y el grito la urge señalando con su espada de latón el tablero por el que ha entrado. Entonces Anita se levanta. No se precipita; se ha vuelto incrédula de repetirse el engaño; en todo caso prepárase en la pausa para recibir la sorpresa del paisaje inédito, impreciso en la gracia de lo recién creado. ¿Será posible? Tira de las maderas, descorre los visi-

llos. ¡Nada! Desilusión, la desilusión cotidiana. El paisaje es el mismo de ayer y de siempre.

6 Es indudable: la noche tiene poca imaginación. Anocheciendo anoche, cuando las sombras ocultaron al pueblo bajo el paño negro de una rara prestidigitación, se creyó que era para devolver hoy por la mañana, en gallardo trueque, una cosa renovada e imprevista. Pero no, que se ha frustrado desmayadamente el juego y Anita recibe, como todos los días, la mirada indiferente de ventanas y puertas, que se mantienen en los mismos sitios, bajo los mismos aleros —clavadas en las paredes y encerradas tras las rejas— perseverando el conjunto en un gesto convencional y fijo, de una terquedad de fotografía.

Sin embargo, las casas y el sol se lavaron la cara con la tormenta nocturna. Entre las varillas de su vieja rigidez, esponjan su claridad mañanera y húmeda, que escurre hasta el arroyo; allí las charcas enfiladas y espejeantes simulan un roto camino de cristal.

7 Todavía arropado el pensamiento de sueño, Anita se ha quedado inmóvil frente a la mañana. Los ojos fijos, ve sin mirar. En vano el geométrico pedazo de caserío repite cansadamente su ofrenda de colores, acercándolos en artificioso ramillete hasta la ventana. Insistencia inútil. La muchacha se ha ausentado. Taimada regresó por el borroso camino que va al continente sin tiempo y sin gravedad y que hacía poco visitaba. Quizás fue a completar la aventura que truncó el despertar; quizás olvidó algún recuerdo y fue a reconstruirlo. ¡El sonambulismo de los despiertos! En vigilia, a plena luz, súbito se van los sonámbulos a bucear en su vida extraordinaria, dejando —casa vacía— el cuerpo inerte; tan sólo se llevan la mirada de los ojos fijos para mirar entre la penumbra de los sueños: es la palmatoria de los otros sonámbulos, de los que se deslizan del lecho, los párpados cerrados, y recorren como almas en pena las habitaciones dormidas.

8 Con los ciegos ojos en cauto acecho, Anita recorre la espelunca. Cultiva su pasmo con esmero. Estrambote de bienestar, prórroga al privilegio de sentir con los sentidos metafísicos de la fantasía. El cuerpo inerte.

¡La imprudencia de un pájaro! Acierta a pasar por enfrente y el vuelo rompe el hilo del encantamiento. Anita se reintegra. Las últimas vibraciones de su lejana fuga se enredan y confunden en las ramas temblorosas del fresno que ahí enfrente contempla, en esta mañana de julio, su sombra densa, cuadriculada de baldosas.

Se resigna. Vuélvese deslumbrada. La amplia alcoba, sorda al rumor del día, incuba un íntimo crepúsculo. En el fondo se ha abierto una ventana tibia de sol tierno, diríase la luna del tocador. Al centro, un gran resplandor blanco descende y se difunde por las paredes enjalbegadas; la cama, vestida de novia, con su mosquitero blanco, pulcro velo nupcial, que se yergue con la noble prestancia de una virgen antigua. En-

tre los simétricos pliegues del velo, el desorden del lecho: entrañas ultrajadas de la virgen.

Se vislumbra el monstruoso guardarropa, paquidermo que sostiene la pared. Es un mueble despreciable. Por la noche la asusta, ruidoso de borborigmos, el vientre repleto de fantasmas. El guardarropa, por ser la sede de los fantasmas de la casa, se ha hinchado de vanidad de tal suerte que cuando se intenta arrojarlo de la cámara no atina a salir por ninguna parte. Anita lo abre con violencia; remueve la ropa, rebusca, hunde la cabeza, los hombros en la oquedad. El poderoso mueble, Minotauro familiar, principia a devorarla: sólo se ven ya las redondas caderas ceñidas por la ligera bata, y las piernas, blancas y desnudas.

Un estrépito en la habitación la salva; resurge intacta de las fauces devoradoras, con un vestido en una mano y un gajo de cabellos en la otra.

—¡Ay, me has asustado, Estéfana!

Estéfana, siguiendo su costumbre, ha derriba-

do una silla. Se excusa: ya casi no veo... Vieja, enjuta y larga, es un manojo de años. Su inmensa pesadumbre —siendo tan silenciosa— es producir tanto ruido. Su presencia liberta todos los ruidos guardados en las cosas. Abre una puerta y se escapa el alarido cautivo tanto tiempo en los goznes; si es el cajón del aparador, escandalizan los cubiertos. Atraviesa el corredor y el loro da en chillar; se le escapan los platos de las manos y derriba los percheros. La precede el tin tin del llavero. Heredó de la madre de Anita dos vestidos negros, las manos frías y el amor maternal para la hija.

—Hija, ya es muy tarde y tú sin arreglar. Hace más de una hora que tu padre se fue a la oficina.

¡Qué fatiga! ¡Tener que peinarse! Anita se despereza. Aquellos largos cabellos suyos espesos y enredados, que exigen una larga labor de tejedora. Y su padre obstinado en impedir que se los corte, como tantas muchachas en Villacruz lo han hecho. Tan cómoda y fácil la melena. ¡Y ella se vería bien! Pero su padre es reacio a

toda innovación. Asocia y sonrío: el reloj encima del buró miente descaradamente las siete desde hace varios días. ¡Oh, si pudiera dar cuenta a papá! Es su defecto. En la gramática su padre sería el pretérito presente. Le ha dicho que una mujer sin cabellos es como una mujer desnuda. ¡Habrá ocurrencia! Del afeitte, ni hablar: es un fraude, Anita se sienta frente al tocador; se advina pálida. De soslayo se ve la boca, precisa y jugosa; la amplía: sonrío. Amaneció de buen color: hoy apenas usará el colorete. Hurta mirarse a los ojos: tiene la certidumbre de que una extraña de ojos más negros que los suyos la mira desde el espejo. ¿Se peinará? Comienza a pulirse las uñas morosamente. Es un recurso: puede asegurar que empezó ya su tocado. Alarga la operación con aturdido empeño. ¿Para qué precipitarse? Queda tiempo de sobra para ocuparse en no hacer nada. Con la atención en el brillo de las uñas sesga el discurso en nimiedades. Aplaza el tiempo. Porque sabe que concluido el aliño

tendrá que salir a recibir el día, oteado apenas, con su cortejo solemne de horas y la muchedumbre popular de minutos, alineados todos y dispuestos a ser contados en una fatigosa ceremonia aritmética.

Advierte de pronto que olvidó sus oraciones: ni siquiera se persignó. ¡Como se levantó tan deprisa! Inclina la cabeza en dirección de la lamparilla votiva, ya sin luz; sostiene un rizo que se iba a caer. Unidas las manos y dentro de ellas el pulidor. Las zapatillas de raso se colocan en su campo visual. Observa: están en una actitud sospechosa: finas y paralelas, una de las zapatillas avanza resuelta, mientras la otra sostiene el movimiento con firmeza. Se infiere que las zapatillas han estado ensayando por la noche el mecanismo de la marcha, ¡pero al intento de echar a correr se encontraron con que no tenían piernas!

La mariposa de oro sobre el terciopelo del cojín la llena de valor. Sí, se peinará, se vestirá. Bajará al huerto a ver las nuevas rosas erguidas

a la sombra azul de los naranjos. Correrá tras la chica del hortelano hasta tirarle de la trenza, apretada como un látigo. Luego nadará en el estanque, ahuyentando a los patos.

Con su sombrilla roja, que tiñe sus manos con una llama alegre, saldrá a la calle. Primero irá a saludar a papá. ¡Tan bueno y solícito! Alevosa, ha de sorprenderlo, abusando de su miopía, sobre uno de sus librotes; sin duda el libro de defunciones —lo conocerá por la pasta de luto—. Abrirá las ventanas para lavar el ambiente humoso. Le llevará a su padre una manzana (que encontrará más tarde sobre la mesa, a la hora de comer).

Después..., después. Sí. Visitará a Elena para ver que le cuente su largo viaje, que habrá doblado dentro de sus ojos de gata, muchos kilómetros de horizontes. Sí, buscará a su amiga, que pondrá dulces lejanías en su voz para contarle de Guadalajara, de Puebla, de México. ¡Lo que habrá visto! Buscará a Elena. Irá a su casa

lentamente, burlando las calles en rodeos irónicos, deteniéndose a saludar a quienes encuentre; hará una pausa para ver el cielo en la fuente del jardín; llegará a comprar el listón que necesita. Irá lentamente, lentamente. Porque presume que no encontrará a su amiga. Elena no ha vuelto de su viaje.

Y hará muchas cosas más. Hoy no se aburrirá; el día es espléndido: se ha tocado su más brillante sol. Se reproduce diez veces en sus manos; once, por el anillo con que se acaba de adornar; una chispita.

Asoma. Por la calle las gentes se deslizan silenciosas; se cruzan como en una contradicción meditada. Las mujeres rebozadas. Atraviesan lentos campesinos: sus sombreros anchos y pajizos, espuestas donde acarrear gavillas de sol. Una vieja coja acompasa el intento de una caída que no se completa; definición: desequilibrio estable. A lo lejos pasa tía Luisa, luctuosa y obesa, que va a dormir —devoción diaria— a la iglesia. Un pregón largo y

lastimero oscurece por momentos la vía. Un poco de ceniza intercadente. ¡Uf! ¡uf! ¡Qué cansancio!

Siempre no saldrá. Tal vez por la tarde. Hará que Estéfana le suba el desayuno. Siente desgaño, pesadez. Sin saber cómo, toda su energía de hace un momento se le ha escapado, así el agua entre los dedos.

Se sienta, abatida; torna a mirar a la calle. ¡Qué casualidad! ¡Éste es el vidrio fantaseador que tanto la divirtió aquella tarde! Apoya la frente sobre el vidrio imperfecto, deformador, un ojo sobre la burbuja. Las cornisas de las casas se ondulan como si fueran líquidas. ¡Qué gracia! Un ligero movimiento y las ondas resbalan vivaces. La ventana frontera se amplía en redondo bostezo y la puerta se recorta en ventana, y luego, se funden ventana y puerta en una mancha de tinta. Por los tejados pasó la tenaza del peluquero; los rizos bermejos en prolija simetría. Pelucas. Lejos, desdibujada, una polvera verde, con su tapa en vilo. ¿Será el cono del cerro que se ha partido en dos?

Verá la torre. Pero lo que se mira es el portal. Las columnas se estiran como de chicle hasta romperse, y se quedan, estalactitas y estalagmitas, buscando alcanzarse en la improvisada bruma. (El vidrio se ha empañado; lo transparenta el pañolito de encaje.)

¡Al fin has denunciado el engaño, oh extravagante vidrio dissociador! La palmera no es tal palmera: es ese pájaro verde, que se cierne ahora en el aire, con el plumaje extenso, magnífico y erizado, y que pugna por descender y recuperar su asiento en el vértice de la fina columna egipcia, sutil y flexible como el tronco de una palmera!

El aire ocioso y vacío de Villacruz está lleno de campanas. El campanario, locuaz, se prodiga. Y el aire reverente y vacío se encarga de llevar sobre la mano tendida el sonoro don de las campanas, ebrias del celeste vino. A todas partes llega la merced intacta, todavía bullente en vibración, tibia de elástica garganta del metal.

El aire, en leve ráfaga, distribuye la voz del campanario. Magna equidad. Y tan generoso es, delgado viento, que adentra su piadosa sonaja hasta los lugares en los que el sol, con ser tan bueno, no se aventura; en las casas vacías, en las bodegas, en los aljibes..., ¿en los ojos de los ciegos?

El sol rectilíneo. Escolar que escribe palotes. El viento conoce la sabiduría de la línea curva que le permite en largos rodeos dejar su rica carga a donde va. A veces entra por los patios, o

escala por ventanas muy altas, o abre una puerta sin que nadie lo vea. Y cuando es menester, se encarama para sostener y alejar, en lenta parábola, una nota que tañe claudicante, deseosa de caer luego, ya demasiado madura.

Desde la alborada, cuando las mujeres se inclinan sobre la calle a barrer las últimas sombras de la noche hacinadas en el arroyo, las campanas comienzan a pulsar la vida del pueblo. Son notas ágiles, juveniles, que saltan alegres de la torre, con vuelo propio, confundidas con las golondrinas que despiertan.

A las doce, ruedan de lo alto, espaciadas, doce campanadas estentóreas. Corpulentas, enérgicas y redondas, son de una torpeza borracha que hace reír. Tropiezan en todas partes, se hienden en las aristas, rebotan en los paramentos resonantes, chocan su grito y desorientadas se ahogan en el río. El viento las empuja, las levanta, las devuelve, las quiere llevar con la dignidad que les corresponde, en una lejana evocación

apostólica, pero es inútil: las notas, hechas ruido, se revuelven como rebaño asustado.

A la oración, en el atardecer, resbalan los acordes de una campana, tímida soprano. Las voces pulcras y perezosas, como pompas de jabón. El aire las impulsa suavemente. Resbalan, se mecen y caminan medrosas, y allá en los maizales los campesinos escuchan su opaco estallar. Rocío.

La campana mayor, corazón palpitante del pueblo muerto.

Pueblo inerte, dormido en el regazo del siglo beato e inmóvil, que no se sabe cuándo fue, Villacruz peina su modorra con la risa tersa de sus campanas.

Arrullo, canturía. Monotonía, cansancio.

Y en el viento vacío y ocioso encaja la vida... Las campanas tocan a muerto.

Las calles, con ser tan viejas, se han vuelto maniáticas, y en cuanto el día calienta, concurren a su constante y obligada cita en la plaza de armas. Llegan a la vez por rumbos opuestos, de dos en

dos, como caballeros de una leyenda, y luego de encontrarse, se funden abierta y cordialmente en la amplitud que ofrece la plaza. Se mezclan en ocasiones con la gente del mercado contiguo. Si arrecia el calor, se guardan bajo la sombra rodada de los árboles. Y por la noche se alejan tomando extraños rumbos, tropezando en la oscuridad, puntuada por los focos anémicos. Silencio de grillos.

La torre de la iglesia también tiene achaques. Hace alarde de una falsa puerilidad. Se sabe la cosa más grande y amada del pueblo: todo el caserío se alinea y arrodilla ante la erguida fábrica, le muestra terrados y tejados en genuflexión, y le ofrece, propiciatorio, el incienso de sus chimeneas. Pero la soberbia torre con su chapitel alicatado, brillante como una corona, disimula afectadamente. Se pone a jugar a la pesca: teatral fingimiento. Por las mañanas, al salir el sol, ya ha tendido una alargada y sutil red de sombra encima del jardín frontero. Permanece larga-

mente inmóvil, en espera y observación. Luego va recogiendo lentamente el artificio, a medida que el sol asciende. Algunas flores al roce de la red se deshojan. Algunas frutas caen. ¿Qué habrá cogido la red?

Al mediodía la red desaparece bajo la torre.

Por la tarde la red se tira por el lado opuesto; se extiende con lentitud, para evitar el fracaso de la mañana. Larga espera. Tramonto. Pero el pescador fatigado no cobra el aparejo lleno de pesca, que se pierde en las turbias aguas del atardecer.

Contiguo a la torre está el viejo convento franciscano, que hoy sirve de curato y escuela parroquial. La importancia de este edificio es irrecusable. No en balde sufrió el martirio de ser quemado alguna vez por las hordas chinacas. Por su noble y santo señorío, ha impuesto su ley suntuaria, en inapelable pragmática, a todas las demás casas de la localidad. El mandamiento ha sido acatado unánimemente, en afable unción.

Claro que ha empleado el ejemplo, comenzando por mostrar su humildad franciscana al pegar su costado a la torre, para medir y proclamar su enana estatura, y así ha logrado uniformar la altura de las construcciones, nivelándose las casas con igualdad cristiana; no se atreven ni a mirar sobre el hombro de la vecina. Las casas de dos pisos, que las hay, se han puesto de bruces para no quebrantar la regla, lo que redundaría en imponer a las demás una vergonzosa servidumbre de insignificancia. En cambio, las chozas usan coturnos, a manera de pilotes, que por otra parte las preservan, en época de lluvias, de las aguas torrenciales.

Con esta austera medida niveladora se ha conseguido hacer crecer a la torre no menos de un cuerpo, para ventura y edificación de las almas piadosas.

Nada de adornos, relieves o saledizos. El convento muestra su faz monda, simple, de líneas rectas, enrejados sobrios, ventanas estrechas, casi ciegas, y un portón de ancha y fuerte hospitalidad.

Cierto es que abusa del afeitado. El convento está recién pintado de tibio color azul; pero bien se advierte que la casona es muy vieja y que sus llagas y lepras al descubierto le impedirían ser ejemplar.

Las demás casas son así. Simples, lisas, con ingenuidad de colegiales y con la misma sencillez. En cambio, los colores que visten son calientes, detonantes, enfilándose en una gama discrepante y jocunda, tal la escala de un piano descompuesto.

Mas la prescripción suntuaria omitió por tolerancia el adorno de los árboles. Así, la casa de allá, tuerta y desgarrada, se ha cubierto con la mantilla de fluyente encaje que le presta un sauz llorón; y la de acá, exótica, se clavó en la espalda el prócer remate de una pagoda, prócer y armónica araucaria. Algunas azoteas surgen cornudas de cipreses y otras extienden en mantón florido las ramas de las buganvillas. Un amplio cedro, como un paraguas abierto. Un ciprés, como un paraguas cerrado. Muchos árboles: palios,

peinetas, pelucas. Las casas atenúan su desnudez con el atavío de las frondas rebosantes y libres.

24 La capilla, al término de aquella calle angosta y muda, se adornó la fachada blanca y azul con un buen pensamiento. Y la fuentecilla adosada hizo trepar por el muro la alegre guía de su murmullo, tapizándolo con sus corolas de vidrio, que lo patinan levemente.

En las orillas del pueblo, las tapias de los huertos se coronan de rosas, y paralelas y cogidas de la mano se alejan gravemente, hacia el campo, como un rito griego. Afectación. Anacronismo. ¡Estamos a tres mil años de Grecia!

Fuera, el crepúsculo, para no confundirse con la noche, se colgó al cuello su solitaria estrella. 25

En la salita ya casi no se ve. Y la guitarra en lo oscuro se oye mejor. A la sordina, las notas como lucecillas rojas, verdes, amarillas, brincan entre las sombras. Anita mira cómo las sombras voraces han roído la guitarra en el centro, formándole un círculo negro. Y su amiga Lola ha desaparecido, sombra también. Pero sus manos quedaron prendidas sobre la guitarra. Sus manos blancas, sonoras. Una sobre el mástil, saltarina y multiforme, hace equilibrio sobre las cuerdas pinas; se tiende y se crispa, levanta los dedos en busca de gravedad o los hinca para sujetarse. Volatinera mano de baile alocado y rítmico, que en el frenesí perdió un dedo. La otra, sobre la caja sonora, caliente el arpegio, lo enciende y lo lanza. Como fuera recia voz, la mano funámbula voló

al extremo del mástil, asustada, haciendo garabatos. Pero luego una vocecilla, mínima, apenas visible, como la punta de un alfiler, la atrajo, toda curiosa y suspensa, hasta adelantar un dedo sobre el pecho del instrumento, y allí el dedo se dio cuenta de cómo aquella vocecita casi sin vida caía dentro del agujero negro de la guitarra.

¡Un son costeño! La mano que incubaba las notas se sacude, tensa, epiléptica; arroja al aire las cuerdas trenzadas, veloces. “Limoncito, limoncito...” Queda oscilando en el aire el cantar que alguien canta:

...y el amor para que dure
ha de ser disimulado.

El son repite su fácil motivo hasta el cansancio. Estribillo. Rosas de un rosario.

Aquéllas son las manos de Lola, incansables. Ella se adivina en una mancha gris detrás de la guitarra: ¿realmente estará ahí?

—Oye, Lola, ¿verdad que estamos mejor así, a oscuras?

Las manos veloces se detienen, escuchan, asienten. Vuelven a la música, tartamudean una vieja armonía y alegres se persiguen y se eluden como dos pájaros en el cordaje del aire.

¡Manos expresivas! Ve Ana las suyas pálidas en lo negro. Las levanta como pequeñas alas; los brazos... ¡ah, porque las manos son las alas con que se levantan los brazos! Separa los dedos: penas. Examina la palma. Ha rejuvenecido; desaparecieron las arrugas. Desapareció el horóscopo. De un solo golpe, la noche ha esfumado toda su historia, pasado, presente y porvenir. No distingue ni la línea del corazón, ni la de la vida. Tampoco distingue la línea sinuosa, ansiosa... ¿de qué?... Su línea. Ha quedado tabla rasa. ¿Podrá recomenzar su vida en este amanecer de la mano? En rigor debería tener las palmas tersas, como una frente serena. La historia que cuentan sus manos seguramente no es suya... ¿Su historia? ¡Bah! Por

fortuna no la ha descifrado a pesar de su libro de quiromancia. Prefiere aplicar su grave ciencia en sus amigas. Para ello basta un poco de imaginación. Sonríe de las patrañas que inventa cuando les dice la buenaventura. La tienen por zahorí. Es divertido. Para el oráculo adopta una actitud solemne, frunce el ceño, dispone de un ligero temblor al tomar la mano que consulta; luego pega los ojos en la telaraña de arrugas. Mira enseguida los ojos que esperan —risa y azoro— y vierte el oráculo. Siempre acierta. Los ojos —azoro y risa— miran a su vez las líneas palmarias, menudos caminos de fatalidad.

Sibila benévola, ha puesto sus artes adivinatorias al servicio de sus amigas: las conoce demasiado. Son de una sencillez adorable; no tienen secretos, ni dicen mentiras. Ofrecen el diáfano escaparate de sus ojos, vacío de inquietudes. En sus manos habrían de encontrarse las rayas de la vida y del corazón, únicas, formando una cruz. Viven, se enamoran y van a la iglesia. Anita les

prodiga dones. Reparte felicidades, matrimonios, cartas, hijos y años con largueza. Lola tendrá dos hijos: uno rubio y otro moreno. Margarita conocerá el mar en otoño. Luisa vivirá muchos años. A su padre y a Estéfana hubo de adivinarles el pasado: son demasiado viejos.

Porvenir. Pasado. Anita tiene inmensa curiosidad de adivinar su presente. Por desgracia, el pergamino de su mano izquierda relata una vieja historia cuneiforme que no le interesa: no es la suya. Y la M legible apenas le dio su inicial para comenzar la inquisitiva. Esta quiromancia es falaz paleografía. Sin embargo, las manos hablan. Las manos de Lola cantan. Debe existir una nueva quiromancia. Sí, una quiromancia del gesto; sin grietas ni encrucijadas. En el gesto, cada uno de los dedos traza su signo. Rompiendo su gregarismo en actitud divergente, matizan el concepto; cada dedo dice una palabra de la frase. Cuando concurren todos a la expresión repiten la misma palabra: la elocuencia unánime del puño cerra-

do o de la mano que bendice. A cada dedo corresponde una parte de la oración. La mano sin pulgar perdió el sustantivo. La trunca del índice perdió el verbo. El esperanto de las manos. Pero las manos tienen su lenguaje exclusivo y personal cuyo conocimiento forma la sabiduría de la nueva quiromancia. Anita prueba a iniciarse en sus recónditos misterios. Entre los involuntarios movimientos de las falanges, es posible descifrar su incógnita existencia. ¿Llegará a descubrir la cristalografía de su espíritu? Acecha: apenas ve la blancura de sus manos. Aguza su sentido muscular: observa. Advierte en el meñique un ligero tic, insistente y rápido. ¿Significa? ¿Que es impaciente? Impaciente: poco descubrir es. Ya lo sabía. Es nerviosa. Nunca ha sabido desatar un nudo ciego; ni nunca aprenderá a bordar. Lola se esforzó en enseñarla; vano empeño: rompía las sedas, se salía del dibujo y se pinchaba los dedos. Prefiere el piano: basta con acelerar al compás para acordarlo con la presteza de los

nervios. ¡Los nervios! En ocasiones una velocidad interior, un fluido de vértigo le recorre todo el cuerpo y pugna por escaparse por las extremidades. Es entonces cuando siente necesidad de recorrer calles y más calles sin objeto, hasta sentirse rendida. O se pone a escribir lo primero que se le ocurre. Las letras inclinadas se alargan de velocidad; van volando sobre las rayas; las tildes pierden las tildes; las íes avientan sus puntos; las letras finales tratan de atrapar en un rasgo la palabra siguiente. Y el índice, verbo, gafo de voluntad, empuja implacable la pluma arando sobre el papel los surcos desiguales de los renglones, sembrando borrones, manchas e inusitados signos ortográficos. Al fin se va gastando la energía con la tinta. Llega el agotamiento: entra en una postración, en una voluptuosa pereza. Anita se siente dichosa, descargada del fluido imperioso, roto el vehículo veloz, se abandona en seguimiento de la imaginación que desenvuelve curvas de elegante lentitud, discontinuas

de ausencias. Así minutos y horas. Ahora sus manos delatan su pereza: abandonadas sobre el regazo, inconexas, limpias de músculo, borrosas. Alas inertes. Pero no, es una calumnia, ella no es perezosa. Lee, piensa, riega los tiestos del corredor, recoge los huevos del gallinero y da de comer a la tortuga enclaustrada en el pozo. Su padre es injusto cuando la llama perezosa. ¡Si sólo la juzgara mentirosa! ¡Mentirosa sí! Anita lo confiesa convencida. Dice mentiras sin poderlo evitar; las dice deliberadamente, las elabora golosamente. ¿Será un grave defecto? ¿Están entretenido contar mentiras y reírse de ellas! ¡Qué fruición la de torcer los sucesos, enmarañar la realidad; resquebrajar la insulsa verdad de las cosas! Tan divertido como ver a través del vidrio imperfecto que fabrica una metáfora de cada cosa que pasa por la ventana. Alegre rebelión contra el pacato acomodo del mundo. Y tan entretenido: el deporte de la mentira para planificar el tiempo. Regocijo plural. ¡El azoro de sus

amigas mientras les revela que vio un fantasma en el huerto! O cuando aparenta, entre burlas, que busca el libro que trae en la mano. Engaña a Lola; si va por la calle en su compañía, hace como que tropieza y se disloca un pie; la pobre Lola la ayuda a caminar, la fricciona, mientras ella para contenerse hace bucheces de risa. A veces dice la mentira por decir algo, pero así se obliga a estudiar el tema, hasta agotarlo. La noche que calumnió a la luna, apenas si la había visto con atención en su vida. Aquella noche la luna se encaramaba por el caballete de un tejado, saltando sobre la cúpula negra de un árbol; estaba hinchada y amarilla como el vientre de una muerta. Así que pendió en el aire —ya una calavera—, la injurió: “¡Bruja de aquelarre!”. (Volaba la luna sobre la escoba de una nube). Sus amigas protestaron. Anita mentía; hubo de estudiar el tema y sus variaciones. Ha llegado al convencimiento de la necesidad urbana de la luna: alisa las asperezas del pueblo, ensombrece las calles y hace

ladrar a los perros. Es también necesaria en los poemas: ¿amor sin luna? Pero ¿cómo endulzar la frase galante sin el azúcar de la luna? ¡Y la noche se perdería en la noche sin el camino de plata en medio del mar! Graciosa y pueril, la luna se blanquea de harina como los payasos y se marca la cara con el tatuaje de los antropófagos. Además, para no cansarnos desaparece, luna literata, empleando el matiz, recortando su luz cada día en una retórica gradación, hasta extinguirse teatral, ante la desolación del coro de estrellas, en el tercer acto de la noche sin luna.

Mentirosa. Bien. ¿Cuál será el gesto quiromántico de la mentira? Sorprende en este instante al pulgar y al índice en complicidad, pellizcando sus labios. Bueno, qué importa. No se arrepiente. Después de todo, quién puede decir que la mentira no contenga la verdad. Los engaños provocan las realidades, como las actitudes provocan los actos. ¡Su amarga experiencia! Tiene presente el juego que discurrió para

engañarse. Era un ensayo de noviazgo. Inventó un novio, lo instaló en París, lo nombró Mario. Le escribía apasionadamente; durante meses las cartas se amontonaron en la gaveta del secretaire. Acabó por enamorarse; sufría de amor. Él, desdeñoso. En un arrebatado de cólera rompió el retrato —lo había encontrado en una revista de cine—. Desde entonces se ha vuelto cauta en el mentir: procura que sus mentiras sean absolutamente falsas, irrealizables. De su aventura con Mario perduran las iniciales entrelazadas en el tronco del limonero.

Su buen padre se enfada. La llama loca si se pone un zapato negro y otro café. Se explica: él no ha sentido la emoción de caminar por el jardín al lado de una invisible compañera, marchando ambas con los largos pasos de un solo pie. Se enfada también porque pone el despertador a las diez, para acostarse, saluda invariable con los buenos días y duerme en ocasiones debajo de la cama.

La gente es apegada a la costumbre. No se le alcanza la razón por la que el árbol de Navidad sólo pueda instalarse por Navidad. Ella festejó su cumpleaños en abril con un arbolillo muy adornado de escarcha, velitas y juguetes. El arbolillo adelantó a los niños una lejana alegría, y refrescó el calor de la noche improvisando ingenuamente el invierno.

De todo esto proviene la prohibición de que lea novelas. Asegura su padre que las novelas le llenan la cabeza de pájaros. ¡Sus pobres libros ocultos tras el guardarropa! Emparedados, vilipendiados. A hurtadillas los visita. Asoman con la timidez de la tortuga en el fondo del pozo. Tira de un libro: menuda arquilla colmada y bulliciosa; cajita de sorpresa, cada hoja una tapa. Un mundo: viajes, intrigas, amoríos. ¡Lo que le han enseñado!

Si no fuera por lo que ha leído no sabría nada. Porque aquí, en el pueblo, no puede pasar nada extraordinario. Los muchachos son áspe-

ros, desmañados. Con la voz ronca, se acercan a saludarla por la ventana y se aplican a doblar las rejas con sus manos gruesas y velludas. Los hombres son iguales: y las mujeres. Se halla todo identificado y clasificado.

Basta con verla: confirma Anita que la botica es trasunto y compendio de Villacruz. Esa botica que se ve por la ventana: botica del Sagrado Corazón. Arriba se ve una imagen, las manos untadas de blanda interrogación, y sobre la túnica azul el corazón llameante, colgando como un medallón antiguo. En los anaqueles, alineados, los potes de porcelana, equidistantes en simétricos alvéolos. Los potes son idénticos dentro de su uniforme cilíndrico, nieve y oro. La misma actitud indiferente y firme. Se colocaron unos arriba de otros guardando una manifiesta jerarquía; pero son idénticos. Sobre el dorso una tarjeta de identificación: los nombres distintivos —nombres viejos que se enjutan sobre la superficie brillante, ayuntándose las letras: ae, oe—.

En el mostrador, dos grandes esferas de cristal, la una llena de color verde y la otra de líquido azul. Las sombras que destilan son: un trocito de pradera y un trocito de azul.

Los potes iguales; cada uno en su sitio. Ni la menor discrepancia: es la misma unidad que se repite. Pronuncian discretamente sus nombres para evitar confusión. No desean moverse.

Simétricos y graves, suelen quedar todos atentos al almirez, que en plena actividad tintinea como una campana.

Llegó arriba toda sofocada. ¿La habrían visto subir? Anita sujeta el libro bajo el brazo y luego los cabellos alborotados de viento. Desde niña no había vuelto a subir a la torre. Subrepticamente, tentaleando, subió el caracol oscuro, sintiendo el latido de una turbada emoción. Pero era imposible continuar allá abajo la lectura. El relato se ahogaba en el aire confinado de la habitación; el correr del peregrino suceso tropezaba lamentable en las paredes opacas, y para no truncarse, la vertiginosa aventura se veía obligada a salir por el postigo de la ventana, estrechándose. Necesitaba amplitud de espacio para tender, como sobre un extenso tapete, el arabesco de la narración.

Arriba es más temprano. La tarde, para no irse, se agarró de los anchos hombros de la torre.

Un extenso círculo de montañas llenas de sol se incorporaron frente a la torre, en donosa

emulación. Cimera y desvaída, toda azul, la sierra alarga su dentada mandíbula de plesiosauro. De bruces sobre el cerro de San José, una nube opulenta blanca y rosa —una mujer de Rubens— se asoma para el otro lado; femenil curiosidad. ¿Qué habrá detrás del alto monte? Aquella colina, almohada de la llanura, es de verde terciopelo. Y la llanura se ha vestido de Arlequín, Arlequín dormido.

El cerro de la Cruz quiso entrar al pueblo, pero las calles son demasiado estrechas. Quedó sin empeño, inerte, en las orillas. Entonces el caserío quiso ir a la montaña y algunas chozas se empinaron por la falda.

Discretamente la muchacha acerca la mirada hacia abajo. Ángulos rectos y naranjos los del jardincillo del atrio. Enfrente, una calle enfila rectamente hasta el campo. ¿Y las casas? Qué aspecto tan confuso y extraño: es un remolino de rígidos colores. No se encuentra la entrada; se ha desorientado. Siente ella que se ha perdido

—¡oh delicia!— por vez primera entre las calles de Villacruz. Se da cuenta de que las casas tienen una fachada que da al cielo. El conjunto es una mancha heterogénea y desgarrada de verdores. ¡Pero qué trabajo formar los cuadrados de las manzanas con pedazos tan irregulares!

Las ventanas que dan al cielo son anchurosas como patios, y no tienen maderas.

Las casas por arriba tienen un aspecto lamentable. Es el lado del descuido, de la pobre sinceridad. Se sorprende a la población como a una familia en la intimidad de su miseria. Las pardas azoteas parchadas de cal. Cráneos abollados, llagados. Planicie árida, escabrosa. Lienzos sin la vanidad del colorete, todo empavesado de ropas puestas a secar.

Se desvanecen misterios, se descubren curiosidades; la casona hermética y agria junto al mercado, que al ir por la calle impresiona como poseedora de un terrible secreto, es un corralón huero, poblado de ortigas. La otra, paupé-

rrima, esconde dentro el tesoro de una alberca, brillante como una bandeja de plata. Casas angostas que atraviesan la manzana en estocada.

42 Un huerto profuso y complicado dentro de un cuadrilongo. La techumbre negra del convento, con sus pequeñas bóvedas, como una perra que se calienta el vientre.

Al fin encontró Anita su casa, con las cuatro pestañas de sus gárgolas. Distingue el corral, la vaca. Atraviesa Estéfana por el patio. ¡Eh! ¡Si pudiera gritarle! Las frondas del huerto se han confundido en gran masa con las vecinas, borrando la pared medianera; ya no sabe cuáles son sus laureles, sus fresnos ni sus cedros. Tal comunismo le desagrada, como el principio de una deslealtad.

Ahora va corriendo con los ojos por la calle tirada a cordel. En un santiamén llega a la oficina de papá. Va a visitarlo. Admite que en este momento se encuentra autorizando un matrimonio y pronuncia la solemne frase que

vincula, esa frase de poderosa fuerza mágica que la llena de asombros. Pero no se detiene. ¡Es tan reducido el local del Registro Civil! Salta varias manzanas, elude una veleta, y cae en un corralito despejado, precisamente sobre las ramas de un árbol seco. Vive ahí su amiga Margarita. ¿Estará? No tardará en salir, porque Margarita va y viene como una ardilla. Será fácil reconocerla: sus aspavientos, sus gritos, su vestido claro. Llegará corriendo tras el perro, trepará al esqueleto del árbol y arrojará piedras a la casa contigua. Le da vaga tristeza la fácil alegría de su amiga; mas cuando están juntas se contagia de su optimismo inconsciente. Admira su carcajada rítmica y recia, que asciende en el aire con la espiral de una columna salomónica.

43

Pero decide volver al aire. Encuentra plácido y divertido moverse con tanta facilidad por el aire: ya no hay distancias; el pueblo se ha encogido y Anita lo llena todo con una misteriosa fuerza de ubicuidad. Desde la torre, el pueblo se

mira dentro de una escala de uno por mil. Busca la casa de su prima Cuca. Por acá. Con una ligera pincelada de los ojos fija un puente, a manera de arco iris, de un barrio a otro, por encima de la capilla. En el rincón de aquella plazoleta vive su prima. No alcanza a ver la casa, casi oculta por una cortina de árboles; apenas si se advierten los blancos tapiados almenados de amarillos calabozos. Cuca está enferma; hace más de un año que no sale de su casa; nadie sabe lo que tiene: el médico se encoge de hombros. ¿Será cierto, como dice Estéfana, que la tienen embrujada?

Allá, entre sauces, los muslos metálicos del río. Una calle se precipita, sedienta. Única vía precipitada por sedienta.

Otro desliz en el espacio. Ya está en casa de Magdalena. Queda muy cerca. En el patio se distinguen las dalias. ¡Ah! Ella está allí. Parece leer. No; está cosiendo. Vigilará: quiere sorprenderla. Mañana, cuando la vea, la apartará misteriosamente y le pedirá la mano para decirle la bue-

naventura. Magdalena sonreirá crédula y con el desdén que acostumbra repetirá su frase: “¿Pero tú crees en eso?”. Violentándola un poco, ella tomará su mano y comenzará a decirle lo que hacía esta tarde, punto por punto. Entonces su amiga enarcará la cejas, se pondrá un poco pálida, se turbará. Habrá de oír suspensa el vaticinio y quedarase meditando si es posible que la felicidad esté llamando a sus puertas.

“Tan... tan... tan...” Anita se asusta. Es una campana que vocea el mensaje que desde abajo le transmite una cuerda. La primera llamada al rosario. Se acerca al campanario: la campana máxima, en el centro, obesa y cansada. La campana que toca, cabecea, ahorcada de largos alambres. Pero las esquilas son vigorosas y ágiles: con los brazos abiertos y duros, inclinan su giro, en perpetua acrobacia, al borde del precipicio. Son las acróbatas del campanario. Y cuando voltean, locas, gritan al peligro. Poderosa caja de resonancia, la torre.

Por el cerro de enfrente se deslizó un camino. Venía rústico y polvoso: un camino del campo. Cuando llegó al pueblo se vistió de casas y se puso aceras, y fue calle. Urbanidad.

Los caminos. Se ven muchos caminos. Anita los clasifica: los ha meditado. El asendereado camino real, viejo gris, achacoso en baches y asmático de polvo, que se desarrolla en fatigosa línea recta. Camino de conquista: va derecho a su presa. Indiferente a la llanura que con leve movimiento sostiene su carrera, corre adelante en raudo automóvil. Se borra el talismán que como huella dejan las caballerías. Los viajeros no se saludan.

Ameno y terso es el camino vecinal. Se columpia para dejar pasar el río, y luego lo salta con el ágil salto del puente. Después, brioso, se empiña por un recuesto. Ceñidos recovecos. Adelante forma amplio meandro para refrescarse en un bosquecillo de cedros. Ondulando baja al vilorio que blanquea, y con recia travesura retuerce su calle principal, escapando por la cañada.

La vereda infantil y aturdida. Busca el peligro. Trepas al monte como cabra. Se acerca a los cantiles. Zigzaguea en pasos de complicada danza. Se rueda. Se extravía en los matorrales y se baña en el arroyo. Y al cabo se arroja de lo alto por entre las rocas y, frágil, al caer se rompe en tres veredillas que se lanzan por rumbos distintos.

Los caminos orientan su traza. Detiéndense: husmean el rumbo. Alargan sus múltiples brazos ambulantes y agarran la extensa campiña y la lejana sierra. Y, cosa muy importante, siempre llegan al lugar al que se dirigen.

Desde aquí se columbra la vía del ferrocarril que pasa por detrás de aquel altozano. Pero la vía del ferrocarril no es un camino: es un esquema de camino. El esquema que se emplea en los mapas para indicar los caminos. El camino del ferrocarril va en las ventanillas. La vía es el signo aritmético que forma la ecuación de la igualdad de dos ciudades. Fórmula: $C = C$. (C representa ciudad).

Como un cesto de cascabeles que se vuelca, salen en alboroto los chicos de la escuela parroquial. Corren en todas direcciones, arrancando jirones de silencio y de ramas verdes en el jardín. Para impedir que se lleven el jardín entero, el muy Ilustre Ayuntamiento mandó clavar una palmera en cada una de las cuatro esquinas: cuatro clavos de lujo.

Precisamente bajo los ojos de Anita pasa una gran banasta colmada de pan: oro apetitoso. La banasta lleva atrás un compás de talones.

Comienza la tarde a idear su crepúsculo. Está indecisa. Se le están acabando las combinaciones. El argumento de púrpura y nácar lo han echado a perder las literaturas del siglo pasado. La tapicería roja y gualda se gastó en las revistas españolas. Formaría su abanico de rayos anaranjados, si la tarde fuera calurosa. Y nubes violeta en campo de gules, parecen fuera de estación. El sol se decide a morir con la sobriedad de un camello en el desierto. El ocaso se limpia de nubes.

“Tan... tan... tan...” La segunda llamada al rosario.

Una mujer enlutada sale precipitadamente de la iglesia. Simultánea se abre una ventana en el convento: asoma el señor cura. La enlutada atraviesa, elástica y juvenil, sin volver la cabeza. Anita quiere reconocerla: el porte le es familiar. ¿Quién será? No, no atina.

Musgosa de sombras, la fachada del santuario se inclina hacia la noche. Una paloma se posa en el hombro de piedra de un santo asomado en su nicho, como a una ventana. Paloma venusina.

“¡Jaque al rey...!”.

Las cuatro lentes de los anteojos convergen sobre el tablero en un experimento óptico. La luz eléctrica a plomo sobre el ángulo obtuso de las visuales. Negras y blancas, las piezas del ajedrez se han mezclado como los días y las noches de un recuerdo confuso.

¡Jaque al rey! El rey es un viejo gotoso que apenas da paso. Escuderos lo escudan. En cambio la reina, impetuosa y esforzada, defiende y ofende, plena de juventud. Estilizada: la cabeza una píldora, el pecho torneado, corre los cuatro caminos del mosaico. Se refleja una corte donde el rey caduco convoca a los magos para tener un hijo. O lo que es lo mismo, la historia de la reina y su paje. Y los astutos prelados caminarán oblicuamente la aventura, bajo la jactancia irónica de los caballeros.

Silencio pastoso. El reloj encima del piano mide premioso el tiempo que un perro gasta en ladrar.

52 Anita ve cómo del cigarro de su padre brota un delgado arbolillo. Elástico el fino tronco, medra sinuoso y se enreda en el garrapato inquieto de la copa. Se mira la savia azul que sube por el tronco transparente y nutre la precipitada fronda, en continua formación.

Una fuerte tos. El arbolillo se vuelve humo.

El señor Rodríguez tose sobre un imaginario yunque. Martillea con la alargada cabeza, un martillo que acaba en nariz. Sus gruesos anteojos lanzan destellos. El señor Rodríguez es regidor, y siendo reumático y listo, se complace en el ajedrez.

Es persona digna y de confianza, aunque una gruesa verruga sobre la frente le obliga a echarse el sombrero hacia atrás, adquiriendo así, injustamente, un aire de insolencia y provocación que lo agobia tanto como el reuma.

Don Manuel, su contrincante, olvidó la mano suspensa sobre el tablero, los dedos amenazantes: un largo pico de rapiña, encorvado y abierto. Anita advierte en la actitud de su padre la magnitud que imprime en todos sus gestos: ahora es la fatalidad. Pesado de movimientos, el vestido rígido, se siente bajo una armadura que sostiene su cuerpo alargado y flaco. Cuando dice palabras solemnes, que son las que siempre dice, levanta con lentitud la nariz aguileña, como si en ella levantara la gravedad de las palabras. Persuade en amplios ademanes de los brazos, pintando las manos densos círculos que cristalizan de pausados.

53

Don Manuel está penetrado de su significación social. Tiene la convicción de ser el hombre más importante de la ciudad (el uso oficial admite la hipérbole) y se ciñe la toga de juez del Registro Civil, cuidando de cada uno de sus pliegues. Viste de negro igual que el libro de defunciones. Su mirada, tras los espejuelos, es afirmativa y auténtica como una de sus actas.

La comprensión de su importancia es fácil y lógica. El mundo se reduce a nacimientos, matrimonios y defunciones. La vida y la muerte, para ser, deben pasar bajo su potestad de juez que autoriza su realización. De otra manera tales actos no existen: la ley es estricta. Por consecuencia, don Manuel depara la vida y la muerte en su alto ministerio y sucede a los puros goces de la vida conyugal.

Quien lo dudara podría observar palpablemente la creación de la ley sobre el infante que pretendiera vivir. Se presentaba anónimo, al margen de la ley: sin justificación de paternidad, impreciso —un mostrenco—, y cuando se iba, el historial de su natalicio era claro hasta en la fecha.

Él, don Manuel, era síntesis de la vida. Escribía su crónica perfecta e indubitable. Contador, llevaba su contabilidad por riguroso Debe y Haber. En un folio blanco abría el pórtico de mármol por donde entran al mundo los que llegan, y cerraba tras los muertos la tupida reja de un

acta precisa y firme. Y la poesía de los esponsales, en ingenua caravana, pasaba bajo el arco de triunfo de su autoridad.

Su bella letra inglesa, de gruesos y delgados perfiles, donde las mayúsculas crecen por los adornos, fijaba el sentido del mundo. Y al final de la pauta, los seis vaivenes de su rúbrica, decorativa como un moño.

Más allá de su oficina, las vanas querellas de los hombres. Lo incierto, lo nimio. Palabras.

Sonríe satisfecho. Ha puesto en trance de muerte al rey enemigo: un descuido y da mate.

Pero Anita, muy niña, corriendo cierto día en persecución de un cenizote que se escapara de su jaula, descubrió las tres dimensiones en las que la vida se ha instalado, y aun sospecha que más de una vez atisbó por la cerradura de la cuarta. Así, pues, la plana filosofía de su padre le da de la realidad una impresión de calcomanía. Cuando la besa, siente, a su pesar, que le pega en la frente un sello de la renta interior.

—Me como la torre.

56 Protesta con voz tranquila y unciosa don Manuel, mientras se afirma los anteojos sobre la nariz gibosa, dispuesto a verificar la justicia de su desacuerdo. El señor Rodríguez quiere contestar, pero la tos le impide el uso de la palabra y hace rodar algunas piezas del ajedrez.

Anita se sale del tablero. Se siente oprimida en el minúsculo tinglado, donde a la postre se advierte que los guerreros personajes son marionetas. Inexpresivos, morosos. Y otra vez se le enreda a los nervios la oscura voluntad subconsciente que día a día le quebranta buscando dirección. Trata de apoyarla colgando la mirada de algún objeto: alarga la mirada. En el testero del salón, sobre las guirnaldas plateadas de papel tapiz, su abuelo don Ramón, encuadrado en el enorme marco dorado, exhibe en la vitrina del uniforme la colección de sus medallas y condecoraciones. La barba blanca muy recortada para dejar el pecho libre. Al lado, en una panoplia,

dos sables cruzados sostienen una pacífica disputa entre viejas pistolas de la época de Werther.

El búcaro de Puebla en la consola abre la boca redonda, sediento de flores. Opuesto, el tabor chino que el perro quebró; fue preciso articular los pedazos pacientemente, como se reconstruye un esqueleto con los huesos fósiles y dispersos. El rompecabezas se solucionó en parte, pues como siempre sucede, faltó un hueso, es decir, un pedazo; el agujero se oculta hacia la pared. Así la llaga bajo el jubón.

En la repisa se alinean varias porcelanas de Sajonia entre barros de Guadalajara.

La muchacha se ha sentado en la alfombra para acariciar a su negro gato. Ama a los gatos. Se acaricia cuando los acaricia. Los ama por indiferentes y altivos; por inadaptados y agrestes: atraviesan la casa con el cauto andar de la selva. ¡Su fina acechanza! ¡Su deliciosa crueldad! ¡Su desdén para los humanos! El gato es el único animal que ha logrado domesticar al hombre.

Pancho, así se llama el gato, se acomoda en la tibieza del regazo. Amasa, friolero, su frío. Es evidente que para los gatos no ha pasado la época glacial. El fogón y el sol, sus únicos amigos.

La discusión del ajedrez ha quedado arriba. Allí, sentada en la alfombra, Anita tiene la impresión rara de que ha descendido a un sótano. Las cosas se deforman, se desprenden de su significado. La mesa se ha convertido en una pequeña techumbre, una pequeña habitación dentro de otra grande. El teclado del piano es una cornisa. Las sillas se incorporan de sus asientos. Los demás muebles se alargan en insospechada esbeltez, en vertical velocidad, levantándose del suelo. Por la pared, reptan los cuadros para llegar al techo.

Acaba de comprender el sentido de este movimiento. Es que las cosas en unánime impulso tratan de desprenderse de la tierra. Se rebelan contra la fuerza de gravedad, que las coge hacia abajo para aplastarlas, para triturarlas entre su

boca negra. Y las cosas, tensos los músculos, se avientan al espacio para persistir en su forma. Lucha constante y ansiosa. Proyectándose rectamente sobre sus cuatro patas, la mesa elude la acometida, dejándose apenas coger de la oscura garra. Flaquea la consola en su estilo Luis XVI, curvando las patas. Tan vigoroso es el arranque del pie que sostiene la lámpara que la ancha pantalla carmesí se cree desvinculada de la amenaza. El piano mismo, pesado y casi vencido, se pone de puntillas sobre sus pies de cristal, usando el recurso de las bailarinas. Y el candil alcanzó a tenerse de la cadena para no caer.

La tierra es nuestra enemiga: trata de devorarnos. Nos defendemos con la vida. Ya muertos, nos le entregamos. Guerra sin cuartel. Y la gracia infinita de burlar al adversario, neutralizando su zarpa. El engaño supremo de la civilización.

Por perversa dejamos la tierra: nuestro mundo ya no es su costra voraz. Hemos superpuesto una acogedora superficie, toda esfuerzo y ten-

sión: la superficie de nuestros menesteres amigos. Los muebles, el lecho, la mesa, el tocador, el confidente. Ejército permanente y disciplinado que nos permite saciar nuestro amor y nuestra hambre a cubierto del peligro. La altura de la mano sabia marca la línea de flotación: abajo el sótano, la caverna; arriba el rascacielos, el aeroplano. El aeroplano es un mueble que se va agarrando del aire como de una cadena.

También el árbol se despega de la tierra en lento afán. Pero temeroso o sumiso, le paga tributo arrojándole desde lo alto los frutos en sazón.

Las plantas rastreras fecundas de lagartijas.

Cuando arrancamos una fresa a ras de tierra, arrancamos una gota de su propia sangre, sangre ácida y fría.

La nube es el sueño de la montaña. Pero la nube no se desprende todavía, porque ancló sobre la montaña y se volvió lluvia.

Alegría del cohete que subió y gritó su liberación al mundo.

Mas la serpiente nunca tendrá alas: es una venilla alborotada de la tierra esclerótica. Cuando se muerde la cola forma el dogal con que piensa ahorcar el infinito.

Ímpetu de ascensión. Las cosas se abren paso entre los ángeles fieros que custodian la escala de Jacob.

Anita se ha puesto nerviosamente en pie. Lo reconoce: ella también es fuerza de ascensión. La recóndita voluntad que la impulsa tiene ya dirección: la hélice. ¿Adónde? ¡Qué importa! Subir, elevarse, desarraigar. Agotar el impulso, realizar la fuerza. ¿Hacia dónde? ¡Desarraigar! Sur o norte, por el camino del viento. Oriente o poniente, el de la vida. Distancia, amplitud. Superponer los cristales cóncavos de la distancia, rayados de velocidad, y lograr la anchurosa perspectiva, múltiple y menuda. Escala: uno al millón. Hélice.

Su inercia de ahora. Apenas si se ha conservado distinta y enhiesta haciendo girar violenta-

62 mente su espíritu sobre sí mismo, como un trompo en movimiento. El juego de ideas, divertido, inútil, veloz. Latente y clavada, la fuerza centrífuga, una flecha en la panoplia.

Precisa, esbelta, la sombra femenina se alarga hasta el techo, sobre la pared.

Las diez. Un reloj adolescente cuenta hasta diez: sonsonete escolar. Otro más lejano repite la cuenta con voz cascada: viejo reloj, viejo dómine, que comprueba la exactitud aritmética del principiante, al sumar las monedas del tiempo.

Las diez. Se levantan los jugadores y toman apuntes. El juego a las ocho continuará la partida de ajedrez suspensa.

63 ¿Miércoles o jueves? ¿Qué día es hoy? ¿Cuándo fue el domingo? Anita busca en la luz que entra por la ventana el dato cronológico que indaga. Pero la costumbre de ver los días, todos los días, les ha despintado su primitivo color. La costumbre que hermana hasta la indiferencia. Ahora apenas se nota el esmalte que tuvieron antaño, cuando formaban el apretado ensamble del iris en el arco de la semana. En el giroscopio la semana dio el color blanco; así se hizo la luz. La luz que viste de lino los siete colores desnudos. Hace mucho tiempo, poco antes del primer descanso dominical. Sin embargo, el domingo sigue siendo rojo: es el color que todavía conserva en los calendarios. El domingo también se distingue en que los labriegos se ponen camisas limpias y se sientan después de la misa en las bancas de la plaza. Por la noche hay retreta y se compran golosinas... ¡Ah, y el cine!

¿Qué día será hoy? Quisiera ser domingo por el matiz granate que desliza artificiosamente, como dándose a conocer a su pesar. Pero no es domingo: ni misa, ni cine. Ni Estéfana apareció santificando el día con sus enaguas nuevas, anchas de almidón.

Reproduce Anita en el piano los días de la semana para ayudar la memoria. Do, re, mi, fa, sol, la, si... Los reproduce en tono más agudo. El do es un grueso rubí: un domingo. Pivote que engarza dos semanas. Los demás días resbalan por el marfil de las teclas, y en medio la soldadura de las noches, en los sostenidos de ébano. Do, re, mi, fa, sol, la, si. Los días se distinguen claramente por sus sonidos. ¿Qué día será hoy, fa o sol? Sol no puede ser: es probable que sea miércoles. Anita toca aceleradamente el fa y el sol, como si quisiera mezclarlos, precipitando un día de cuarenta y ocho horas; mas las notas rebeldes se trenzan distintas, como un hilo de plata y un hilo de oro.

Do, re, mi... ¿Qué habrá detrás de estos fragmentos de palabra? Fa, sol, la, si... ¿Acertijo? La radical perdió su palabra, como las cabezas de los querubines han perdido su cuerpecito sonrosado —menos las alas—. ¿Si se pudiera ver a través de las dos letras como por los ojos de un antifaz? ¿O como por unos gemelos? Se alcanzaría a comprender el misterio de la música. Sin duda comprimen las dos letras, pareja de enamorados, una lata significación. Pero como en todos los símbolos, se dejan asomar tan sólo dos dedos para enredar el cabello de la imaginación. Do... ¡Esto es claro! Es la sílaba inicial que encubre el domingo; el domingo sincopado. El ancho y largo domingo en dos letras. Re..., ¿repetición?, ¿el lunes con un reflejo del domingo así un ópalo con la entraña de fuego? Mi... Posesivo, sugiriendo sujeto y objeto. Fa...

Acaba de entrar al salón la tía Luisa. Ni el menor ruido: resbala silenciosa, balanceando los hombros, los brazos encogidos como si llevara

66 las manos mojadas. Su sobrina ve la mancha inverosímil de su reflejo sobre el lustroso barniz del piano. Se apoya doña Luisa; cruje una silla. Se oye un suspiro. Crepita el rosario sobre la mesa.

—Ana.

Gira el chirrido del banco. Se tienden los brazos; se besan flojamente.

—Anita, no se te olvide que mañana empieza el novenario.

Doña Luisa se dirige al estrado. Gorda, cubican las tocas negras sus carnes muelles y opacas. Algo va diciendo, muy enfadada. Al hablar, profetiza, y su doble ademán hacia arriba, repetido y persistente, insinúa un candelabro de siete brazos.

Se ha sentado a tejer sus oraciones. Los labios van soltando el bisbiseo que el gancho recoge como un hilillo para alimentar la labor: una colcha.

De cuando en cuando suspira bajo los escapularios. Luego se queja del frío; su queja acostumbrada: hace calor.

Bisbiseo. Un largo tejido de oraciones.

Otra vez Anita en el piano. Pasando rápida la uña sobre el teclado, se describe el curso de un torrente que corre de los graves a los agudos. Comienza a correr, espuma y fragor, rodándose de la montaña, y paulatinamente se amansa y se aquieta, hasta dulcificarse en el remanso melódico de la mano derecha, que lo deja fluir en un pianísimo. Oprimiendo el teclado en sentido inverso, se hace correr el río hacia la montaña, la que se bebe el brusco torrente con gran ruido. Pero no corre el agua: el piano está horizontal.

—Anita, mira, no seas ociosa. Dedícate a hacer algo útil. Ven a ayudarme.

La voz de la tía Luisa es blanda, confidencial, amoldada al secreto de la iglesia, donde los ruidos fuertes hacen caer de las bóvedas inflados ecos que rebotan sobre el entarimado de las naves.

La muchacha devana los estambres. Le parece que hace poco hacía lo mismo: iba arrollando

las imaginaciones. Su vida entera ha sido devanar los días iguales cuyos nombres olvida. ¿Cuál será el concepto de la utilidad? Quisiera ser útil. ¡Ser útil! Vivir una vida intensa, plena de actividad, donde el pensamiento fuera acción. Ya no más la imaginación, ya no más la curiosidad y el constante presentimiento de la realidad, sino la realidad misma, objetiva, puesta al alcance de los sentidos, tangible y cruda, descubriéndola con su aparición, inventando la vida. Ella es Ana, la hermana Ana del cuento infantil, encerrada en la torre del castillo, atalayando inútilmente el confín polvoriento. Ana sin Barba Azul. ¿Dónde estaría su Barba Azul?

—Tía Luisa. ¿Ya no te acuerdas del cuento de Barba Azul?

Ríe puerilmente Anita del azoro de la tía que refunfuña y precipita el compás del gancho.

¡Tan lindos los cuentos! La Caperucita, Blancanieves y los siete Enanos, Aladino, la oruga que se convierte en hada, los tesoros. ¡Los tesoros!

Su afán de niña por encontrar un tesoro. Recuerda su ansia insatisfecha por hallar, como en los cuentos, la gruta donde resplandecen los joyeles, las pedrerías, los collares, las vívidas luminarias que en la oscuridad encienden las riquezas de los gnomos. Figurábase que se encontraría rodeada por un corro de hombrecillos barbados, que la invitaban a llenar el delantal de brillantes. La regalarían también con el anillo que hace invisible y con la flauta mágica. Su infancia se la pasó en buscar; era su juego favorito. Su primo Enrique, un poco mayor, fue su compañero de aventuras. Tenía escasa imaginación, pero era perseverante y apasionado.

Cuando salían al campo, Enrique y ella se alejaban de don Manuel, distraído y encorvado sobre la marcha penosa de una hormiga demasiado cargada. Cogidos de la mano bajaban hasta el arroyo. Quiebras y breñales. La hondonada y el ruido de la corriente los aislaba al punto de considerarse perdidos. Con valiente temor

esperaban entonces la aparición de la viejecita a quien es preciso socorrer para que se transfigure en hada: una estrella en la frente, como lámpara de minero, y la varita en alto, igual que en la litografía. Caminaban pegados. Enrique silbaba intermitente y destemplado. Se consultaban con los ojos. ¿Sería aquélla la gruta? Tímidamente separaban la maleza que oculta la entrada del socavón. Nada. Asustábanse al rumor de la ardilla fugitiva. Pavor: las barbas del viento en los sauces se estremecían, se erizaban. ¡Gritos! ¡Oían gritos! ¡Ah! Era don Manuel que gritaba, llamándolos. ¡Por acá! Se precipitaban al refugio de la voz que de lo alto se tendía como una escala.

Ya de vuelta al pueblo distinguían los nidos de las calandrias colgados del ramaje, escarceadas colmadas que se balancean al andar de la brisa. Como el sendero se bifurcara, corrían separadamente para tener la alegre sorpresa del previsto encuentro, ahí donde el sendero vuelve

a ser uno. Al llegar al puente se quedaban contemplando el lingote de oro fundido que rebullía en medio del río y allá, lejos, incrustándose en la cima de la montaña, el sol, como un tesoro que entierra la tarde.

En casa, en ocasión de que Estéfana salía, iba con su primo al cuarto de los trebejos. Exploraban: cosas inválidas, legañosas de telarañas. Los muebles viejos y polvosos tenían el desolado gesto de muchachos castigados por sucios. Hurgaban los armarios, las regias arcas olvidadas. Removían las ruinas tumultuosas. Así encontraron objetos sorprendentes, inesperados. En realidad entonces eran buscadores de sorpresas. Peregrinos hallazgos: una espada rota, un marchito vestido de la abuela; una dentadura postiza como una risa dislocada de su boca; aquel nidal de ratoncillos desnudos y rojos de vergüenza que no se atrevieron a mover. Enrique descubrió un gavilán disecado, con las alas abiertas, dentro del cascarón destrozado de una cuna. ¡Lazare-

to en desorden! De pronto se derrumbaban los despojos amontonados y estrepitosos, y había que huir de la catástrofe y de la reprimenda paterna.

Andando el tiempo se volvieron audaces las pesquisas. Abrían hoyancos en el huerto, ahí donde el terreno se deprimía por causa de las lluvias, y dieron en la flor de golpear con los nudillos de los dedos, en los muros, igual que si tocaran a la puerta del genio que guarda las riquezas ocultas. De sus esfuerzos, ansias y regaños, cobraron solamente pedazos de cacharro y huesos amarillos. Duro oficio el de buscador de tesoros.

En ella había quedado —sedimento— una loca curiosidad. Coleccionaba sorpresas con el mismo empeño con que sus compañeras de colegio coleccionaban mariposas. Huroneaba en todos los cajones, saqueaba los roperos, las alacenas. Cuando don Manuel abría el cajón de su escritorio, la muchacha se empinaba al espectáculo de aquellas maravillas encerradas: la ar-

quilla de marfil; el daguerrotipo en el medallón de filigrana; un relicario con pelo rubio; la cajita china de combinación. Y aquella pesada piedra mineral, relumbrosa y salpicada de chispas. Era entonces cuando su padre le prestaba una lupa, con cuyo caliente dardo puntiagudo de sol se picaba el dorso de la mano. Si miraba una hormiga se agrandaba tras la lupa hasta inquietarla, y reconoció que las moscas se restriegan las manos, con la misma parsimonia que el señor cura.

Consiguió abrir el ropero maternal, sellado con los siete sellos del enigma, y por una cerradura sin llave. Una cripta de recuerdos. Se reconstruía el pasado sentimental de su casa. Historia sencilla, olorosa a cedro. Desde las flores secas que se obstinan en perdurar con arte de momias, las cartas sujetas con el indispensable listón azul, hasta los blandones mortuorios, en cuyos términos se contenían el vestido blanco de la boda con azahares de cera, el abanico de carey, unos guantes manchados y una polvera.

Contrariando su disposición de ternura quedaba indiferente. Satisfecha la curiosidad, aquellas prendas le daban la emoción arqueológica del pájaro disecado con las alas abiertas. Había llegado a la conclusión de que la gente guarda objetos absolutamente extemporáneos y agravia los muebles como los anaqueles del museo, donde se agolpan cosas que marchitan el recuerdo, o recuerdan cosas marchitas.

Gustaba pasar las tardes en el huerto a caza de sorpresas. Con frecuencia se sentaba al borde del estanque a ver los peces. Los pobres peces que viven a la intemperie: su casa de azulejos, sin techo. Su casa sin puertas ni ventanas, que los obliga a estar siempre en el agua. Sólo cuando llueve a torrentes se amplía indefinidamente su prisión y tal vez entonces salgan a nadar por encima de las casas. De fijo se aburrirían si no fuera por las distracciones que les proporcionan los reflejos en el agua, que meten al estanque lo que se acerca. Se moja el cielo. Las estrellas hin-

can una varita sinuosa de plata como midiendo la profundidad. La buganvilia florece doblemente, arriba y abajo. Retrátase el cenador. Todo invertido: el mundo de los peces es antípoda del nuestro. Las imágenes se apoyan afirmándose en lo que está fuera. Los peces en ocasiones se preguntarán si lo que está fuera no es un reflejo de lo que está dentro del estanque.

Tan sólo se molestan cuando el ganso se mete al agua; es en su cielo una nube con patas.

Otros datos curiosos cortados en el huerto: las cigarras no existen. Nadie las ha visto. Son una ficción. Una tarde entera buscó Anita inútilmente en el arrayán una, que afilaba, metálico, su ocio.

A las seis de la tarde las golondrinas se disfrazaban de murciélagos para continuar su ronda alrededor de los naranjos.

Anocheciendo se extingue el fluido que enciende las flores del jardín durante el día. Las flores se apagan para dormir. De noche todas las rosas son pardas.

Ya muy tarde las luciérnagas encienden cerillas buscando alguna cosa que se perdió. Acaso la moneda de plata que extravió el jardinero por la mañana...

—¡Pero Anita, por Dios, que estás enredando estambres de diverso color!

La tía Luisa, con su gesto ritual, las manos en alto, reproduce una vez más el simétrico candelabro de siete brazos.

Extraordinario: por fin tenía un amigo: Luis. O más bien un presentimiento de amigo.

Apenas dos semanas. Habían corrido los días con presteza adolescente y ardorosa, a pesar de que subían por la cuesta del otoño. Parecía importarles poco el que con la prisa que llevaban suprimieran la profundidad del tiempo y pusieran todos los sucesos en un mismo plano; presurosos días primitivistas, demasiado modernos, sin escorzo. Pero así fueron. Eso sí, distintivos, en relieve. De su viaje alrededor de Luis, viaje de dos semanas, tenía Anita la dislocada impresión que dejan las nocturnas excursiones de cine, donde la vía acomoda el paisaje, lo hace girar, lo precipita; paisaje cortado por los túneles —ahí donde la memoria le era infiel—. Nocturno viaje donde vemos gente que no conocemos y que nos acompañan en la peregrinación; viaje sin guía ni índice que

trastrueca y enmaraña el relato, haciendo breves citas, impensadas afirmaciones, bruscas enmiendas de panorama, y que de pronto se rompe en la oscuridad sin llegar a establecer ninguna conclusión. Así estaba ella, circunnavegante, indecisa y confusa, con el agitado cansancio del camino y en las manos un acervo de grandes y pequeñas cosas que importaba colocar en el lienzo de la meditación, dándoles las dimensiones que acomodaron dentro de la perspectiva del tiempo. Terrible desbarajuste inajustable. De ello tenía la culpa el raudal de los días. Tanto era así que este en que Luis regresaba a la ciudad le parece a la distancia misma de aquel en el que llegó. Día en que el viento, con terquedad campesina, insiste en pregonar que es otoño, obligando a las hojas amarillas a caer, y en que la tarde se puso biliosa para rimar acorde con el viento, y para mayor confusión, cuando ella llegaba del viaje, el otro lo emprendía: se volvía a México. ¡Y qué diferencia! Ya notó en Luis la imprecisa aceleración de los que se marchan gus-

tosos; había ya en él ese principio de trepidación férrea, ese comienzo de expectación que envaguece al viajero y hace que antes de partir se inicie a mirarlo todo como quien ve desde la plataforma del tren. Por la mañana, cuando se despidió de ella, la sonrisa que le propuso mientras hablaban cayó un poco más lejos, arrojada sin directa intención; y sus palabras distraídas eran como las que se dicen cuando se supone que van a quedar sin respuesta; palabras que se recitan pensando más bien escribirlas en la primera carta. La suya de la mañana había sido una conversión epistolar.

Aquel Luis de retorno era otro Luis distinto del que había tratado durante dos semanas. Ni el color de sus ojos era el mismo. Pero, ¿tenían un color definido aquellos ojos? Ni siquiera podía señalarlo. ¿Color? ¿Verde? ¿Azul? ¿Negro? No, ningún tono se afirmaba consonando con el gesto de la cara. Desconcertante. Hoy miraba con un mirar oscuro, a lo lejos. Color definido no tenían sus ojos. Ya se lo sabría ella de memoria. ¿Entonces? Es posible

que los ojos no tengan color, sino que se entintan con el color de la mirada. Ojos invariables que sigan el color de un solo pensamiento. Ojos cambiantes que persigan un mudable sentir. Sí, Luis cambiaba el color de los ojos; ojos versátiles como su inquietud: esa inquietud ciudadana que atrajo a Anita a presenciar el espectáculo del muchacho pasajero en el pueblo y la hizo viajera en su rededor. Ya se lo había advertido al no acertar con el verde claro de los ojos de su amigo. Él repuso riendo que cambiaba su tonalidad a su guisa, adaptándolos al momento y circunstancias —mimetismo óptico—: cuando estaba alegre se ponía pupilas verdes; cuando meditaba, ambarinas; leyendo versos, azules; en los funerales, moradas, y que mientras vagaba por su conciencia se despojaba —como las estatuas— del color. Y al decir esto, riendo, cerraba los ojos. ¿Veras, bromas? Mas si los ojos cambian, la mirada tiene un timbre idéntico y persistente, que individualiza, que identifica. La mirada es como el hilo que en-

garza las cuentas policromadas de las pupilas. Es lo que da ser. Luis tenía los ojos verdes, azules, dorados, según la luz con que mirara; pero él, íntimo, se descubría detrás de los altos balcones de los ojos, y descubriéndose recogía y ordenaba las gemas, tibias, frías, ardientes, atándolas con el hilo resistente de la mirada hasta formar la espléndida joya del infinito collar. Un remolino espectral, desconcertante de matices, donde Anita buscaba asidero, porque necesitaba asomarse hasta Luis inmutable, aquel que se ocultaba adentro. ¿Cómo definirlo? ¿Cómo sorprender su biografía sustancial, sin fechas ni anécdotas? De haber seguido la clave de los ojos ya podría vertebrar los elementos que como naturaleza muerta se mezclaban en su mano. Hubiera clasificado las emociones por su coloración; su intensidad por la intensidad de la mirada. Claro que no lo hizo porque desconocía la clave. ¡Si lograra rehacer!... Ahora recuerda, apurando el recuerdo, que la primera vez que la vio, la miró con ojos verdes.

Reía una lucecita roja en el fondo del verde, cuando Luis le dijo que venía a pasar sus vacaciones. Comentó: vengo a sacar el alma a asolear. Herida por la imagen ella vislumbró entonces cómo aquella alma de Luis, translúcida, ligeramente húmeda, le salía poco a poco del pecho: una tela inconsútil un tanto arrugada, que luego se tendía sobre la arena de algún patio, abriantada de sol, esponjándose y adquiriendo un fondo lechoso. Luis miraba alegre; la alegría le esponjaba el cuerpo. Fue en ocasión de la fiesta campestre, en el platanar, a unas cuantas leguas del pueblo. Inolvidable. Claror de espelunca bajo las anchas hojas transparentes de los plátanos, que extendieron sus prismas de jade, formando cúpulas. El color vegetal cuajaba en el ambiente. Una fogata encendida en el recinto era más roja encendida entre lo verde. Sobre la llamarada ágil y humosa las flexibles hojas temblaban dejando ver fugaces tajadas de bruñido azul. Cercano el estruendo de una cascada. Para oírse la gente arrecia la voz.

Y la música estrepitosa despedazó el clamor del agua: ya no se oyó nada. Juvenil y alegre, el muchacho sonreía a todos con su colmillo de oro. Alto y pálido en el verde crepúsculo del platanar. Bailaron. No se oían. Ruido, voces, música. Y aquel muchacho tan alto. Siquiera las palabras hubieran tenido peso para que abandonadas de los labios cayeran suavemente, como si fueran lentas vedijas de algodón, habría captado Anita el conjunto de la conversación. No se oían: muchas frases huyeron en el vehículo de un alarido musical y otras fueron testadas por una risa importuna. Quedaban —inexpresivos muñones— algunas palabras fieles, grávidas de necesidad. Queriendo oírlo le vio los ojos; él la miró; la mirada verde. ¿Sería así...? ¡Quién sabe! Ya olvidaba que el aire de aquel día era verde, de las hojas de platanar. Un reflejo tal vez. De su primera coincidencia —en la fiesta— no había quedado sino un residuo de historia: que era estudiante a pique de ser médico. Universidad de México y se

llamaba Luis. Para historia era suficiente. Bastaban también los datos para formar su geografía: Luis estaba situado, latitud y longitud, entre México y Villacruz. Distancia: unas vacaciones de quince días. Rumbo: sin rumbo; era un caprichoso azar. Pero ¿dónde se encontraba la ciudad de México? Involuntaria, reproduce en la memoria el mapa que dibujó en la escuela: la América del Norte. Arriba la masa enorme de los Estados Unidos, iluminados de verde, gravitando sobre la República Mexicana, de amarillo. Bajo el peso, la pobre República se aplasta, vieja cariátide rendida de cansancio; flotando sobre el Pacífico le cuelga el brazo muerto de la Baja California, y los pies tumefactos se tuercen en Yucatán. México está allí, en el centro; un circulito y adentro un punto. ¡Sí, el ombligo de la cariátide! Pero ¿dónde se encontraba? Debería ser muy lejos, porque los trenes llegaban a la estación resoplando de fatiga. El tren, que tiene los pies de fierro.

Historia, geografía: objetivas, insustanciales. Faltaba reconstruir la historia y la geografía sin mapas del alma de Luis. Sin duda la tenía, pero muy honda, muy enclaustrada. Vigilante, recataba a la cautiva. Acaso la dejaba asomar bajo los arcos de las cejas, vestida del color de las pupilas, y en leves ráfagas a los labios, iluminando la conversación. Conversación animada, múltiple, tejida con el rumor de la ciudad distante y que tenía por fondo ideas y perfiles distantes. El conversador invariablemente se alejaba, se salía —pudor u orgullo— de sí mismo, escamoteaba su personalidad; volvíase un poco distancia. Sugerencia de lejanías, recta íntima, delicado egoísmo. Rapsodia de la propia emoción, extravasada, multiplicada. De vez en vez afloraba la personalidad huidiza, reprimida, manifestándose en las manos decidoras, pero era tan sólo para endurecer el relato falto de apoyo, disgregado por la distancia. Una ráfaga brevísima.

Tarea casi imposible aquella. Había menester de gran habilidad para coger por las alas ese instante que traía incrustado un fragmento de Luis incógnito, porque el instante, alado, se iba por los aires. Habilidad y paciencia venatorias.

Fue una sola vez, una sola vez, pero la había visto desplegarse, unánime, magnífica, desconocida. El conjunto del alma es como un palacio—geometría pura— invisible. Caminaban ambos por el huerto, que el ruido del agua refrescaba. Él dijo desde el centro de su vida lo que dijo. Una frase, Ana ya no atendió a la conversación por verse inesperadamente dentro de la arquitectura invisible del alma de Luis, se sostenía el fantástico palacio con la columna de vidrio de la voz fina y varonil: un milagro. Ya iba a entrar, cualquiera quebró el sostén y la frágil construcción se vino abajo, rompiéndose con un imperceptible crujido sobre la hierba. Ahí, entre la hierba, había ella encontrado después algunos pedacitos de espejo roto: menuda ruina.

Insinuantes despojos: se ofrecían insinuantes como el primer escalón de una escalera. Impulsaban al deseo de reconstruir el prodigioso espejismo deshecho. Imposible: a la escalera invitadora le faltaban peldaños. El ajuste requería meditación, paciencia: acoplar los fragmentos como los de una carta rota cuya lectura interesa fundamentalmente. ¿Cómo sería aquel palacio? Un palacio desde luego; persistía la visión del huerto. Si se pudiera adelantar una hipótesis: audacia inventiva de un viaje por el alma de su amigo. Un palacio hermético: en su interior el aire pesado de silencio. Habría salones innumerables; sin duda el alma tiene más aposentos que el corazón. Bajo una luz irreal, de eclipse, desnudos los pensamientos más secretos; huirían al sentirse violados, alegres por dejar de ser secretos. En un amplio salón, los recuerdos: dispersos y polvosos, trabajos de bazar incongruente. Adelante, muy cerrada la cámara de las fantasías; las brumas escapándose en cordón opalino por

el ojo de la cerradura. Al remate de la galería, un camarín luctuoso —¿aurícula, ventrículo?—, encendida una lámpara votiva. Y aquel enorme salón vacío, esperando llenarse de porvenir. De penetrar al recinto donde se fabrican los caprichos, habrían de explicarse las rarezas del huésped. Su manía perezosa de pasarse los días a la orilla del río dibujando con el bastón sobre la arena; su gusto por conversar con los mendigos; el insufrible hábito de arrancarse los botones del chaleco, y su aversión por el cine. ¡Hermoso saqueo! Se podría llegar a saber a quién escribía diariamente, si su novia era rubia y si le gustaba pasear en auto cuando llueve.

El palacio sombrío y silencioso: muy altos dos rosetones: la claridad de los ojos diáfanos.

Su visita por el fluido continente supuesto sería también una visita a la ciudad deseada. Un profundo viaje de muchos años. Podría hojear las estratificaciones de la memoria, como quien hojear un libro. Llegaría a penetrar la sa-

biduría de la ciudad, hasta conocerla igual que en la revelación que manaba de Luis, cuya fervorosa conversación la presentaba en su complicado mecanismo, tan al alcance de los labios, que ella gustaba un áspero sabor metálico.

Porque si Luis se le escondía en su torre de marfil, en cambio le había desvelado la ciudad hasta el análisis. La proyectaba su relato, sólida, bulliciosa. Y las manos de su amigo, viva quiromancia, moldeaban, plasmaban, acotaban el conglomerado, detallando con el rasguño del detalle. Las cosas que decía sobre sus manos eran como recién nacidas. Veíase cómo las frases saltaban a la cuna que les formaban las manos con las largas varillas de los dedos, y se agitaban ahí —agitaciones pueriles— sin más afán que agitarse. Si las manos se divorciaban o cerraban los dedos gregarios, entonces la descripción se complicaba en los barrocos giros levantiscos de los puños, para luego volver a la simplicidad de las manos en paréntesis, hábito de blandura.

Proyección loca, inconstante. De pronto, saltaba la conversación de la ciudad al campo, tan de pronto que el pueblo y la ciudad se barajaban, se revolvían. Bruja sugerencia; conjunto de salto mortal. Anita, desvanecida la realidad en el contraste, seguía e inventaba el proceso del acoplamiento en un toque de alucinación.

Se abría brecha en las murallas pueblerinas. Luis: un ariete. Por la brecha, estirada, una cinta de asfalto. En el remate, la ciudad. Desarraigada, ambulante, la ciudad acercábase, poderosa y gris, con sus edificios como una tropa de elefantes. Temblaba la tierra; se hacían astillas los claros cristales del aire. Avanzaba la ciudad, enloquecida y voraz. ¡Y Villacruz no podía huir prendida al extremo de la cinta de asfalto! ¡Villacruz sería hollada bajo la avalancha gris! No. En un truco fotográfico los cuerpos se compenetran, las solideces se conjugan, los vanos se superponen. La ciudad se instala en la villa y la villa suplantata el corazón vertiginoso de la ciudad. Informe,

monstruoso, el híbrido se revuelve, contorsiona sus aristas disímbolas, amontona sus pisos; el cielo se puebla de cumbres; restalla un grito unánime, trueno de vida, y en las plazas, la paz pueblerina se pone a soñar con las estatuas dormidas.

Dispersos entre los cañaverales, corren los tranvías, resonante fauna; el trole pinta un improvisado alambre. El río es una inmóvil avenida y los árboles perdieron sus ramas y se alinearon postes.

Sobre un edificio de veinticuatro pisos, un gran revuelo de palomas. Las palomas alegran el encumbrado palomar.

Cae sobre el todo una oleada de velocidad. Giro vertiginoso de huracán, mezclado con la fragancia del campo en plena sazón.

Y perenne, solitaria, única, la torre del pueblo en medio del torbellino, girando lenta como el eje de una ruleta.

Alucinación lógica, absurda. El pueblo y la ciudad trenzáronse opuestos y armónicos, así las víboras convulsas del caduceo.

Y luego, en un ademán de Luis, la ciudad se desentrañaba, integrándose, alejándose de Villacruz. Recogía sus anillos, sus tentáculos, sus mil ojos. La ciudad, de vuelta, tirando de su ruido, de sus fardos cribados y grises, de su velocidad. Hala los nervios de acero, las aristas, las estatuas entumecidas con la paz del pueblo. Allá va.

Empequeñecía el pueblo, no quedaba más que el pueblo. ¡Ah! Pero la muralla quedaba derruida; el conversador dejaba para siempre, alejado confín, a la ciudad, que se veía a través de la brecha.

Pero la ciudad no se iba del todo. En ella, en Ana, como dentro de un caracol, quedaba su clima impetuoso y febril. La miraban sus mil ojos hipnóticos. La ensordecía el grito de sus mil bocas. Sentía cómo la ciudad también tiraba de ella, cobrándola como cosa rezagada y perdida.

¡Qué confusión! Al término de su viaje de dos semanas, Anita se siente extraña a sí misma, desasida de su propia vida, llena de aturdimiento.

La azotan los nervios, le zumba en la cabeza un grito, un grito que viene de lejos...

La ciudad distante. Único superviviente entre ruinas: Luis. Y Luis se iría dejándole tan sólo fragmentos del misterioso argumento que le presentó. Quedaría ella sola, indiferente, irrealizada.

A la muchacha se le anuda una congoja en el pecho. ¿Irá a llorar?

Necesitaba concentrarse. Así, para mantener la fugitiva atención en un haz, apretaba la mano sobre el librito. Ya sabía que si dispersaba los dedos, toda ella se dispersaba; la atención volaría de la hermética jaula de su puño. Pero no la dejaría escapar: cerraba tenaces los dedos sobre el breviario, invulnerable puertecita de cartón cerrada a la inquietud. Disponíase a orar con fervor; encontraría alivio, salud espiritual. Aquella testaruda obsesión que la siguiera corriendo por las calles al encaminarse hacia la iglesia había quedado burlada a la vuelta de una esquina y no se atrevería a entrar: Anita se sabe en el santo asilo, acogedor de los perseguidos. Llegó, pues, ella sola, ya empezada la misa; como siempre con diez minutos de retraso. Advierte su puntualidad: una exacta impuntualidad de diez minutos.

Ya casi se había serenado. Descansaban sus nervios con el baño sedante de luz crepuscular confinada en el recinto. Podría oír la misa con recogimiento, imperceptible y alineada su oración en el alineamiento de las bancas. Tranquilizábanla también los espesos muros y el ambiente espeso de plegarias; no había lugar para otros pensamientos. Un descanso. Oía, sí, un empañado murmullo divagador que la rondaba; algo como el zumbido de una abeja: era la invitación. Por ello afirmaba Anita su voluntad; estaba segura de la defensa: bastaba con apretar el puño, ahogar, machacar el puñado de inquietud en esfuerzo constante, y con el mismo puño impulsaría su remisa devoción hacia el altar, entre la maleza de sombras, arrodillaríala, y clavándola con los alfileres de las velas, la dejaría quieta, vibrante, como clavada libélula.

Ana se decide: abre el devocionario. Va corriendo por las páginas para alcanzar el momento de la misa; a grandes zancadas de los dedos salva

las oraciones preliminares. Las piadosas imágenes del texto se suceden rápidas; se superponen dando a las actitudes rituales galvánica movilidad. Se ha adelantado al oficio; vuelve con presteza sobre sus pasos haciendo saltar las hojas con el pulgar; bailan las graves figuras de las estampas. Repite aturdidamente la operación: las figuras bailan con desordenados movimientos; brincan, se incorporan, gesticulan. Y las parvas castañuelas del rosario de nácar crepitan. Otra vez la danza; otra vez el pulgar haciendo saltar las páginas. La muchacha se sorprende de haber inventado el cine casualmente, escondido entre los pliegues de la Azucena Mística. Luego sonrío a la idea de ver una película que empezara por el final, por el beso-epílogo. En la pantallita de papel la cinta parece empezar siempre por el final, por lo que apenas se sospecha el argumento. Cierra el libro; concluye la exhibición. La mano donde guardaba la atención, abierta.

Divaga. Maquinalmente cuenta: una, dos, tres, cuatro..., veintiocho..., treinta y tres luces

sobre el altar. Los lirios encendidos como luces entre las manos de los ángeles custodios. Una nube de incienso pone su pantalla azul al iluminar. Los ojos se prenden luego, al vaivén del incensario que oscila entre las manos del monaguillo.

Pasa revista a las hornacinas: adivina que los santos desde sus estrechas viviendas de cristal quieren salir de su mortal parálisis, al igual que los del breviario. Rígidos, cadavéricos, ensayan vivir. El evangelista del crucero escribe un dulce poema y busca una consonante que ya tiene en la punta de la pluma. Aquel asceta espectral, encapuchado, sostiene en el vértice del dedo erguido una línea malabarista que llega cerca de la bóveda del templo. Al lado, las santas manos del monje acarician el vellón de un cordero invisible. Y san Pedro, con su amplio mirar, mira por un ventanal abierto —emplomado celeste—, colgadas las llaves inútiles, parece indeciso, como si quisiera cerrar el ventanal sin interrumpir el oficio.

San Sebastián lleva siete flechas clavadas en el pecho. De soslayo Anita reproduce al acerico de felpa azul que tiene colgado en su tocador. Elude la irreverencia buscando humilde las plantas del hermano Francisco, sobre la puerta del presbiterio; besa las sandalias del Pobrecito.

La atajó de pronto el imán resplandeciente del retablo plateresco colgado al fondo. Cortina de burbujas irisadas, donde cada relieve es una burbuja. Ana, golosamente, va gustando de un placer táctil al acariciar con los ojos errantes el dorado escarceo. Diríase que fructificaron los acantos en racimos de luz; un remolino de oro y espumas vivas, donde las columnas se disfrazan bajo la prolija flora y se mantienen tirantes, sosteniéndose como las enredaderas. Los arcos se curvan sobre las cabezas de los querubines, y las cabezas penden colgadas de los arcos.

Ascendió la mirada vagabunda sobre una fluctuante onda de chispeante pedrería, hasta alcanzar el remate de la cascada. Imprevista an-

100 gustia: allá, arriba, coronando el altar, estaba el ojo terrible. El ojo de mirar hipnótico y calofriante que la pasaba con el dardo de su reconven-
100 ción. El ojo del monóculo triangular.

Terror. Anita abre de nuevo su devocionario; se acusa una vez más de su falta de devoción, de sus culpables divagaciones. ¡Su imperdonable descuido al no sujetar bien el puñado de atención que bullía por escapar! ¡Y se ha escapado de su jaula! Ya se dispone a desesperar cuando se inicia un anchuroso ruido; revuelo de toses, pañuelos, bancas, tarimas, bóvedas. ¡Ah! El Evangelio. Los hombres se ponen en pie. Las señoras mientras toman asiento, se afirman el tápalo sobre la cabeza y atisban fugazmente. El silencio roto sufre dos compases de espera.

Pausado, grave, el señor cura aparece en el púlpito, bajo la paloma de vuelo inmóvil. Sobre el silencio hollado y renaciente comienza la plática: la voz tiene concavidades de órgano; las vocales se alargan y se hinchan mojadas de

pegajosa unción: voz eclesiástica. Siguiendo la aguja de la cita latina aparece el hilo de la parábola: la parábola del hijo pródigo. Una parábola en círculo que acaba por donde empezó, dentro del círculo los siete pecados capitales. Ve Ana al hijo pródigo alejarse de la casa paterna; gozoso y veloz marcha por el terso camino primaveral. A su paso, el viento trata de retenerlo tirando levemente de su túnica flotante; pero él sigue ansioso, dejando atrás los camellos que transportan su hacienda. Y sigue adelante por el anchuroso camino que declina hacia la ventura. Se divisa a lo lejos la ciudad del deleite, de la satánica alegría. Las brillantes torres pobladas de palomas. La ciudad sin murallas, la ciudad del pecado. El hijo prodígase: derrocha alegremente hacienda y virtud; sobre la túnica de brocado lleva bordadas siete manchas rojas: ¡la risa de los siete pecados capitales! Ríe él también, ríe con su colmillo de oro, mientras sus ojos cambiantes irradian el mal. De su cabellera perfumada se es-

101

parece un olor intenso, mareante, que la turba...
¡Y aquellas sus manos pulcras y persuasivas en una persistente invitación!

102 ¡Él...! ¡Ella, la ciudad obsesionante que la reclama! Aquí mil gritos atruenan los oídos de Anita, la magnetizan sus mil gestos, la invade su aliento y se enredan a su cuerpo los poderosos tentáculos. ¡De nuevo la obsesión terca, sojuzgándola! Siente Anita el principio de una caída irremediable donde falta la respiración; se cubre la cara con las manos y se abandona a la caída. Un pequeño estrépito; es el devocionario que ha caído de su regazo.

Al recogerlo recoge además un poco de su voluntad dispersa. Y bien, prefiere afrontar el problema. Mujer fuerte, ¿no está ahí, en el lienzo de la capilla, la cabeza de Holofernes? ¿Por qué no dar la cara al enemigo, en vez de desviarlo haciendo solitarios con la baraja de la imaginación? Analizar, debatir, cercenar en un solo tajo de la voluntad; lograr una definitiva actitud. Ana se yergue íntegra, alentada de fortaleza. Obser-

va en derredor buscando la ayuda de una conivencia, de una simpatía, de una mirada. No la encuentra. Flaquea. Se ve sola, extraña a la extraña multitud emboscada bajo las tocas: un mismo color, una misma indiferencia, un mismo disfraz. No puede reconocer a nadie: negras espaldas impersonales, como un tapiz visto de revés. Sombras, grumos ennegrecidos; rara floración anónima, arrebañada. Convergiendo, los hombres con su vestido de domingo, la cabeza baja, cuidando tal vez del pañuelo que pusieron en la tarima para arrodillarse. Coincidiendo, repitiéndose. El conjunto es una masa inerte cogida por una plancha de plomo. Las hileras de bancas coronadas por el pétreo oleaje de las tocas, frente a la ribera soleada del altar; un mar muerto, solidificado, arqueológico, cerrado a la aventura, al cielo, a la nube, al viento. Las santas esculturas volvieron a su inmovilidad, conservando el gesto de su primer intento dinámico: olvidaron lo que iban a hacer. Hasta el torbelli-

no áureo del altar se cuajó en una fría superficie rugosa y metálica. Sólo el incensario oscila en las manos del rojo monaguillo: un péndulo sin horas en la carátula del incienso.

¡Y ella ahí, viva, los senos hinchados de deseos! ¡Distinta, extraña, viva! Ella que pudiera haber sido tan alegre, que, estimulada, su risa luciera en todas las rejas del pueblo como las palmas del Domingo de Ramos. ¡Imposible! La alegría de ellos, de todos ellos, se quemó en una bengala en la fiesta de la patrona de Villacruz, y después a lo mismo, a lo mismo. Renunciación, conformidad, paciencia (la voz cóncava del púlpito).

¡Imposible! Se rebelaba. Unánimes los oprimidos resortes estallaron; y aunque de dentro una mano dolorosa pugnaba por contenerla, se escapaba parte de su ser por la ancha grieta. Y ahora se miraba Anita desde fuera, azorada y suspensa en una dilatada comprensión. ¡Dualidad desconcertante! ¡Era dos! Distinguía dentro de sí a la Anita inmóvil, enclaustrada; la

hermana Ana que desde la ventana del cuento saluda la polvorosa lejanía; y afuera, ella también, la Anita rebelde, erguida de voluntad. Las dos Anas se miraron sorprendidas e incómodas, como personas de una misma familia que saben van a disputarse una herencia. El duelo fue violento, cruel. Conflicto irreducible.

Pero la tercera Anita miraba la escena desde su observatorio; la tercera Anita fue mera espectadora y completamente ajena al diálogo y aun creyó que ya otra vez lo escuchara, pero de más lejos, casi presintiéndolo. Hablaron así:

ANITA DEMONIO (*en tono resuelto*): ¡Sí, me iré!

ANITA ÁNGEL (*dudosamente persuasiva*): Calma, calma, amiga mía, ten calma. Mira lo que piensas.

ANITA DEMONIO (*irritada*): ¿Pensar? ¡Ya no quiero pensar! ¡Me ha hecho daño el pensamiento de hacer, sin hacer! Mi pensamiento inmóvil con las alas abiertas como el pájaro disecado. Mi vana imaginación de escondida paciencia; enga-

ñadora fantasía; tácito empeño ocultándome la vida. ¡No, ya no es tolerable! Marcharé hacia la vida, muy lejos del pueblo. Este ambiente me ahoga, me enferma; soy una extraña aquí. Mi nacimiento en este lugar es una equivocación, porque soy ciudadana por los cuatro costados de mi deseo y me pertenezco a la ciudad.

ANITA ÁNGEL (*conmovida*): ¿Y padre?

ANITA DEMONIO (*pensando en otra cosa*).
Pobre padre.

ANITA ÁNGEL: ¿Será Luis el causante de tales estragos? ¿Un pasajero, un desconocido? ¿Te habrás enamorado, Anita?

ANITA DEMONIO (*se aturde un poco y después de la pausa replica*): No. Estoy segura de no haberme enamorado. Es verdad que apenas conocí a ese muchacho, o si quieres no lo conocí; pero él ha sido el revelador de mi propia conciencia. Me he descubierto plenamente a su presencia: he descubierto mi mundo. Me trajo un nuevo ritmo en los ojos: nuevo peso y nueva

medida. Y me dejó en las manos el mensaje de mi propio deseo que yo enturbiaba piadosamente. ¡Me iré!

ANITA ÁNGEL: ¿Y el escándalo? ¿Y los siete pecados capitales gruñendo bajo tu desesperación? ¿Pero eres tú, Anita?

ANITA DEMONIO: Yo soy.

Continúa el diálogo balbuciente y opaco. Desde su observatorio la tercera Anita casi no oye: es un nudo de frases incoherentes, desgarradas en revuelta confusión. Cuando hablan las dos contendientes a la vez, se hace un silencio bamboleante y duro.

Por fin, imperiosamente:

—Es preciso, me iré. Arroyo entre escarpas, buscaré mi ruta. Hija pródiga, no he de volver.

De pronto se borraron las imágenes en pugna de la conciencia, porque de un salto se pusieron sobre la balaustrada del altar, pero invertidas, inverosímiles. Allí estaba el Arcángel cubierto de plata, la espada flamígera en alto, resplandecien-

te de gloria y celo batallador, y bajo sus plantas el Malo, rebelde y poderoso, la garra estrujante. Era el mismo diálogo, pero falseadas las conclusiones. Anita Arcángel enhiesta bajo el casco victorioso, exhibiendo el golpe suspendido sobre la oblicua hoja. Agobiado por la derrota, el Malo.

Anita Demonio se violenta primero, pero cede a la ironía. Se percata del ardid de su enemiga, que plasma contra ella un argumento más —que quiere ser convincente—, en complicidad con el escultor. Pero conoce que el argumento es falacia: aquella victoria de lucha inerte, preconstituida, es un supuesto para ilustrar las páginas del breviario.

¡Y Anita Demonio se atreve hasta a sospechar del simulacro mismo, edificante paradigma, previendo que al amparo de las sombras, cerrado y solitario el templo, el Arcángel por tierra oirá la tremenda carcajada sobre su espada rota!

Primero oía los ecos. Y luego venían los ruidos: ásperos, punzantes; la tundieron y pincharon en las sienes, en la nuca, en la garganta. Le rompieron la cabeza: los huesos destrabados se le movían debajo de la piel; para que no se desgranaran le habían atado un pañuelo que le ceñía la ruinosa arquitectura del cráneo.

Apretaba los párpados densos, porque si abría los ojos febriles, otra vez las bestias monstruosas que se animaron sobre las manchas de la pared volverían sus fauces amenazantes contra ella y se acercarían hasta hacer sentir sus cuerpos fríos y viscosos. Fauna espantable: el dragón furioso, el hipopótamo de patas de caballo, el pulpo que se debate y vacía como un odre viejo, el batracio informe que brota del huevo de una nube redonda.

Prefería sufrir los ruidos; ya casi no los sufría de la insistencia curiosa por adivinar sus perfiles

para después dibujarlos sobre la pizarra de los párpados cerrados. Una multitud de ruidos distintos, feroces, persistentes, empeñados en machacarle la cabeza, reventar sus nervios, desarticular los miembros. Venía uno, recio y enjuto, armado de armadura, la faz hermética bajo la visera, que la golpeaba con los férreos guanteletes; el ruido tosía en aristas duras y la golpeaba implacable sobre el pecho: era el más fuerte. Pero más le punzaba el acerado pico del pájaro, que le perforaba la frente con el ritmo de una cucharilla cantarina y terca; el pico cincelaba un dolor que al enfriarse habría de quedar sobre la cara como una mascarilla sólida. Había además una gigantesca rata gris que roía los segundos al reloj palpitante de miedo; la rata roía con los filosos dientes las duras ruedecillas, las pulidas vísceras, el corazoncillo asustado: rata hambrienta y tenaz; y el reloj corría, corría, loco de miedo. Anita no sintió cuando la rata y el reloj se instalaron dentro de su dolorido cere-

bro, mas con las sienas registraba el temblor de la lucha ávida. Tictac... tictac.

A la vez esbozaba Anita los pies de los pasos. Pasos en derredor, pasos opresores; unos pies inmensos, de una pieza, herrados, aplanando el piso en torpes rodeos. Cuando pasaban sobre la baldosa suelta, la baldosa ladraba como un perro. Unos pies que llenaban con su peso la habitación.

Al fin el ruido aquel que se rompió como un plato en el suelo la clavó con su largo punzón sobre el lecho, hiriéndola encima del costado. Aguda herida que le hizo rechazar el asedio de los ruidos en un impulso frenético. Abrió apenas los ojos: en las pestañas se le quedaron prendidos los flecos de una luz bordada con hilos incandescentes; tirantes los hilos se alargaron divergiendo, rompiéronse, giraron como aspas, se tejieron en una urdimbre irisada y luego se concentraron en el núcleo luminoso. Guillotiné la luz en un parpadeo: abrió más los ojos.

Tersa, sin manchas, la pared. Una greca fugando en cabriolas horizontales se le perdió en un ángulo de la retina. Y frente a frente se instaló una dama antigua que desde su retrato musicalizaba una frase amable; la desconocida le sonreía desmayadamente, cansada de sonreír; una impertinencia; ya se iba a dar a conocer, pero a destiempo volvió las espaldas desdeñosas, veladas por la cabellera flotante.

Cuando Anita vio a Estéfana, la encorvada vieja tenía el termómetro en la mano temblorosa. Se oyeron las campanadas claramente: el termómetro marcaba las diez menos cuarto.

Alguien dijo:

—Una cada media hora.

Quiso Anita decir que no a un hombre que la miraba sin moverse, la nariz como un índice, apuntándola. El hombre comenzó a hablar: no tenía boca; su voz salía del otro lado —de junto al tocador— y venía de puntillas hasta colocarse bajo la nariz del hombre mudo, que la seguía

mirando inmóvil con el redondo brillo de los anteojos. ¿Otro retrato?

Una voz perezosa:

—Tiene cien grados de fiebre.

Resbaló sobre el espejo la sombra negra. Se le acercó con el tintineo de la terca cucharilla en forma de puñal; sintió su herida en los labios; una sensación amarga y fría: le hacían beber el insistente ruido que percutía sobre la cabeza destrozada. Anita ya no quiso moverse; ni ver; ni oír. Había la evidencia de que le faltaban los miembros, el tronco, las manos, los brazos; ahora su ser se reducía a las sienes, anhelantes y al sabor amargo de la boca. Y allí, dentro de las sienes el martilleo del reloj. Tictac..., tictac..., tictac: ¡la rata voraz! Se sentía morir. ¿Sería aquello el principio de la muerte? ¡No, no quería morir!

Taimado, el lecho comenzó a mecerse. Anita se columpiaba en una hamaca colgada del aire. Se agarró de las sábanas para no rodar. Ampliábase el vaivén por el aire, sobre el abismo incen-

114 diado. Entretanto el techo descendía, descendía lentamente, en un aceitado silencio. El vaivén se fue acortando poco a poco, invadido por la masa aplastante. La muchacha comprendía vagamente el choque; tocaba casi las vigas, los ladrillos de la bóveda, el remate de los muros, el clavo de la lámpara; otra vez la greca huidiza corrió ante ella, ahora hacia abajo. Y en un ángulo del polígono percibió a la araña quieta, resolviendo sus problemas de geometría en el espacio que dibujó con líneas brillantes. ¡Qué angustia! El techo caía en un desplome sin fin, irreparable, fatal; principió a rozarla, a oprimirla, a prensarla. Faltaba la respiración; ceñíanla las maderas, los macizos planos, haciéndole crujir los huesos. Se ahogaba. Lanzó un grito, y el grito se le pegó en el pecho hundido, y el esfuerzo desesperado para liberarse fue vano. Se dio cuenta de cómo todas las casas de Villacruz se iban amontonando, una a una, sobre su pecho hasta romperlo, apisonadas por los pies enormes e implacables...

Aquello era un horno. El sol lanzaba salivazos hirvientes de lacre rojo que corrían por la piel. Ella iba a través del desierto, los pies hundidos en las arenas candentes; la sed se coagulaba en la garganta. Tal un espejo ustorio, inexorable, el sol incendiaba el mundo; se fundieron las arenas bajo la llamarada del cielo, y el aire quemaba los cabellos, calcinaba las carnes. Anita se precipitó por una callecita del jardín a beber en la alberca rezumante de frescura, y luego de beber sentía los labios secos, chorreando el agua por la barbilla. Seca la fuente por el fuego, miraba los peces nadar en el aire. 115

De pronto se hizo de noche; apareció el cielo muy alto; las estrellas azules en el cielo de plata. Hallábanse en el corredor cuando Enrique le propuso desenterrar el tesoro del huerto. Y cavaban ansiosos la tierra negra al pie del nogal, que sujetaba el tesoro con las uñas de sus raíces avaras. Cavaron con furia porque temían una sorpresa del luctuoso aparecido que cierra

la procesión de las doce campanadas... El tesoro estaba allí; anticipaba en un presentimiento su esplendor desde el fondo del hoyanco, desde la entraña del cofre chapado. Bajo los silenciosos golpes de la azada, la tierra húmeda y floja se vertía en copiosa hemorragia. Fatiga y sed; llegaba a los labios el viento árido y amargo de la noche, viento tan sigiloso que hasta se confundía con el vuelo de las lechuzas. Cavaron con tesón. ¡El tesoro! No un cofre, era un ataúd: abriose el hueco... ¡Estaba muerta! ¡Dentro del ataúd había reconocido Anita su propio cadáver! ¡Su propio cadáver...!

Era también de noche. Resonó a lo lejos el fragor del tren; silbó la locomotora: la llamada convenida. Recuerda Anita con sobresalto que debe partir hacia la ciudad. ¡Qué olvido! Había que realizar su viaje desde luego. Sí, marcharía, era cosa resuelta; aquélla era la ocasión; el tren la esperaba. Se viste cautelosamente; el corazón y las sienas palpitan en un círculo precipitado

de segundos. Busca la sombrilla; no la encuentra por ninguna parte, ¡qué contratiempo! Se persigna.

Ya va por el camino que blanquea entre las sombras; en el brazo, un cesto colmado de naranjas que no la deja correr con su peso; le zumban los oídos en un largo soplo de caracol. Jadeando sube una dilatada colina cubierta de espesos matorrales, que se resisten a su paso agarrándole los pies, impidiendo el avance de las piernas. ¡Deprisa, deprisa! ¡El tren va a partir! Anita se desespera: ¡No puede correr! Ábrese una puerta. ¿Dónde está la calle? ¿Llegará a tiempo a la estación? El camino blanco se tuerce a la derecha, adelante del establo, y desaparece... Un salto y la viajera comienza a volar; se desliza en lentos giros por el aire líquido; el viento le cosquillea en la nariz y el intenso olor a jazmines sabe amargo en su boca. Diafanidad celeste. En un rincón de la noche la luna se había dormido: despertó para verla volar; ¡no lo sabía: la luna tiene los

ojos azules! Sigue Ana desplazándose perezosamente. En su seguimiento viene la luna saltando como pelota sobre la negra copa de los árboles; en un salto choca contra el pico de una nube y se fragmenta en mil pedazos. Silba la locomotora; trepida el tren. Y de los fragmentos de la luna se forma un anuncio luminoso que graniza su luz en la calle de la ciudad. ¡La ciudad! ¡Por fin la ciudad! Resbala Anita por la acera, discurrendo entre una cerrada multitud de transeúntes. La ciudad es blanca y negra, como en el cine, hundida en el silencio afelpado del cine; fantasmas de algodón, las gentes y los vehículos ambulan calladamente por la avenida. De repente Ana descubre que la ciudad está sujeta a un imperioso ritmo que concierta la geometría y el tiempo: rueda por el aire el rayado preciso de un metrónomo que eslabona y mide el movimiento de la vía. Las siluetas de cine marchan a compás por la acera. Una bandera en su asta voltea al viento cadencioso como un semáforo puntual. Instinti-

va, la recién llegada opta por estacionarse para no desafinar en el tiempo del baile ciudadano; se replegó contra el pesado silencio de la pantalla. ¡Ah, el reloj municipal! El reloj municipal es el que rige, despótico, el concierto; su latido vigoroso estría la ciudad y la domina. Desde la cumbre de su emplazamiento avienta los segundos encadenados y resonantes, y las cosas y la vida se avienen sumisos al dictado imperioso; el reloj con su latido sostiene el movimiento y el compás. Es el sentido de la urbe.

Al borde de los edificios, los anuncios estiran y encogen los músculos luminosos, enloquecidos por la gimnasia sueca, concordante y rítmica: un movimiento por segundo. Uno..., dos; uno..., dos; uno..., dos... No hay descanso hasta sincronizar los movimientos discrepantes; los gimnastas desnudos en sus altos escabeles, infatigables a la obediencia del reloj. Uno..., dos...

Sobre el asfalto mojado se enfilan los faros de los automóviles, rodando sobre finas columni-

120 tas de cristal. Se acomodan a la pauta armónica de la avenida: de diez en diez, a diez kilómetros por segundo, se detienen en el breve calderón de las esquinas, que se abren a igual distancia en el tiempo; las sombras fluidas de las máquinas se penetran, se alejan, se desvanecen impulsadas por el martilleo veloz.

Los edificios se vistieron su mejor traje de noche: un traje de ritmo vertical, a rayas blancas y negras, que van escalándose en el paramento como los renglones de un poema: un renglón de ventanas abiertas y un renglón de tinta; un renglón claro y otro negro. Los pisos se superponen con medida, uniformando el movimiento ascensional. Uno, otro; uno, otro. Van subiendo: un piso por segundo.

Iniciaron su marcha por la vía los faroles; acompasaron el desfile marcando el paso como una disciplinada tropa de brillantes cascos; de uno en fondo, equidistantes, marciales: un farol por segundo bajo el latido del tambor municipal.

121 Pero el tranvía desbocado despedazó el encantamiento del reloj. Revolvió el movimiento de la calle con un huracán de rayas curvas y destrenzadas; reventó el pulso de la arteria arremolinando el viento y la luz. El tranvía loco arrasó bajo sus flancos en desorden la urbana sinfonía cuyos pedazos volaron como hojas secas por el arroyo.

Anita pudo ya moverse libremente. Avanzó por la avenida tumultuosa, canalizada por los acantilados de cuatrocientos pisos que delinean en lo alto otra avenida destinada al curso atropellado de las estrellas. Rodeada de la multitud fantástica que ambula en todas direcciones, ella camina aturdidamente siguiendo el declive del azar. Las gentes no la miran; pasan rozándola sin voltear, tal si se hubiera hecho invisible: ¿no la verán? Viandante desconocida, ella reconoce a la multitud que la envuelve: es la misma que tantas veces ha visto en las películas; una multitud que nunca ha visto. Van y vienen las siluetas impalpables, tejiendo con su trayectoria un in-

trincado laberinto de negruras; parecen preocupadas en perder su individualidad, deseosas de fundirse hasta formar un solo cuerpo que las contenga todas; se agitan, se mezclan, se aglutinan. Lo consiguen: las unidades transeúntes se suman en una enorme cifra que extiende sus guarismos a lo lejos; una cifra cuajada de cerros, correspondiendo cada cero a uno de los anillos del gigantesco reptil que se contorsiona a lo largo de la acera: monstruo de diez mil cabezas y cien mil brazos epilépticos. También Anita se ha convertido en una cabeza del monstruo; sin saber cómo se sumó en el total; ya es una porción del saurio fluctuante que la lleva a través del vial en un arrastre involuntario y muelle. Percátase de que también ella es una sombra: ha perdido la consistencia y el color; es una sombra más eslabonada en la carne fría de la bestia múltiple; se ha confundido integralmente, totalmente a la masa que reptaba por la avenida. Esta conciencia le provoca desbordante

te alegría que la hace reír a carcajadas: por fin es un pedazo de la ciudad; la ciudad le pertenece, se pertenece a la ciudad. Ha realizado su empeño: ¡comienza a vivir!

Avanza lentamente. Y la ciudad se le entrega sin reservas en los escaparates: le otorga sus intimidades, le desvela sus secretos, le rinde pleitesía. Simultáneamente cien sombreros masculinos saludaron su paso desde un escaparate: homenaje de una sombrerería. Adelante, dentro del estuche de cristal, un grupo de personas, complacientes y suspensas, se aperciben a verla cruzar en la falange; distingue entre ellas al hombre que la apuntaba con la nariz como un índice; es un maniquí de cera; el hombre hace muecas de disgusto y le insiste en que tome la medicina. Pacientes, los maniquíes esperan, en sus pequeños escenarios, la obra de la representación, cuidando de sus posturas incómodas para atraer público. De buena gana Anita viera la obra, pero no puede detenerse: tira de ella el reptil.

La calle aprovecha los vanos de los escaparates para meterse a las casas y realizar audaces travesuras: hizo girar en remolino vertiginoso el montón de sombrillas, corolas de seda, hasta formar un ramillete. Entre los esmaltes Anita distinguió su sombrilla; la arrancó del ramillete: era una amapola y la prendió entre sus cabellos.

¡El tesoro de la ciudad en una vitrina! ¡Y ella que lo buscaba en el huerto! Un reguero de diamantes, rubíes, esmeraldas, topacios, perlas, sobre el terciopelo de la noche. ¡Qué maravilla! En la contemplación, Anita se siente fascinada, porque de pronto las gemas vivas comienzan a mirarla obstinadamente; un tumulto de ojos desorbitados, incisivos, esplendorosos. Pupilas de todos colores y miradas de todas intensidades, que cruzaron sus finas agujas vibrátiles sobre la frente de la sombra, y en aquel vértice prendieron una llamarada verde... ¡Oh! ¡Luis!

Luis la tomó del brazo; caminaron unidos la calle solitaria; en el pavimento lustroso las luces

cansadas pintaron una decoración de corbata. Entonces se derrumbaron los edificios, sin estrépito, como si fueran de corcho. Fue un derrumbe premeditado que no les causó extrañeza; sabían que tal suceso ocurriría al final del segundo rollo.

Siguieron: unidos atravesaron el parque umbrío, poblado de mármoles. El gesto de las manos de Luis era de mármol. Luis reía: Anita miraba la risa de su amigo corriendo ante ellos como un niño alegre y sano. Subieron luego una larga escalera oscura, presionados por la estrechez del caracol. Desde la torre empinada pudieron dominar la llanura. La sierra toda azul, a lo lejos; el cerro de San José, bajo el peso de una estrella, identificaba el paisaje; no había duda. Encima de la verde planicie, semejante al minúsculo esqueleto de un pájaro, yacía Villacruz; las casitas agrupadas en torno de la menuda torre de cartón. Villacruz no era más que un pintoresco juguete de cartón, cruzado por un caminillo de papel; el río inmóvil, de papel de estaño. Anita

reía hasta sofocarse, hasta llorar. Cogió el juguete cuidando de no romperlo y lo guardó en uno de los cajones de la cómoda. Con el bastón,
126 Luis señalaba en el fondo del pozo a la pobre tortuguilla expectante, sin ruta, en el fondo de su chimenea: tortuguilla sedentaria.

Llovía copiosamente. Iba Anita por la calle borrosa bajo la lluvia; una calle de Villacruz. Los pies desnudos sobre los baches y el agua corriéndole por los hombros. Hacía un frío terrible. Empapada y sedienta, estrujábala un temblor convulso. Iba Anita sin ruta. Su padre la seguía pidiéndole los anteojos. Se borró todo bajo el telón de la lluvia...

■ ■ ■ ■

Titubea: no se decide. Al cabo abre los ojos. Sí, su alcoba... La muchacha se resigna a la evidencia de hallarse nuevamente en Villacruz, en su alcoba, en su lecho de enferma. ¡Qué cansancio! Las tinieblas frías cierran la lámpara vo-

tiva frente a la imagen. Hace un frío terrible; Anita está helada; rota de cansancio, deshecha: un despojo. Tictac, tictac: el reloj. Cerca, una acompasada respiración: ¿Estéfana?

127

Sonríe de su viaje; de su lamentable fracaso. ¡Su voluntad de vivir, juguete de la calentura! ¿No había para su vida otra solución que la del sueño? ¿Única síntesis? ¿Habría de ver siempre la realidad de lo imprevisto con los ojos de la fiebre? Imaginación..., fantasmagoría...

Se arrebuja y se queda mirando Anita por la ventana, donde la noche pega su cara morena. Y la noche piadosa la consuela: ¡dentro del cuadro de la ventana, como desde el cristal de un escaparate, el cielo le muestra, a ella sola, la dislocada constelación que acaba de inventar!

Tepic, Nayarit-México, D. F., 1928

La rueda de aire, de José Martínez Sotomayor, se terminó de editar el 21 de junio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.

